FRAY MOCHO

—¡Ahora va de veras! Las gotas me indican que la tormenta es de órdago!

HESPERIDINA BAGLEY

FABRICADA DESDE 1864

EL GRAN APERITIVO NACIONAL

No es a la fuerza de su brazo a la que tiene que confiar la resistencia de su cuerpo. Hay otros órganos que, por mucho músculo que pueda conseguir a través de la gimnasia, permanecen débiles.



Una copa de

Hesperidina Bagley

antes de cada comida, completará en su totalidad la fortaleza y la salud de todo su organismo.

FRAY MOCHO

Año VIII — Buenos Aires, 21 de octubre de 1919 — Núm. 391

De sorpresa en sorpresa

Uno de los más extraordinarios y llamativos gobernantes de la nueva época, es, sin disputa, el doctor Joaquín Castellanos, jefe del ejecutivo salteño. Hombre de letras hasta la medula, no hay un solo acto de su vida pública que no provenga de la literatura. Y como todo verdadero artista, la originalidad es la religión de su conducta. Elegido gobernador, en lugar de seguir las huellas de sus predecesores, instalándose burguesamente en la sede de sus tareas, traslada con todo ruido su residencia a la capital de la república, y desde aquí, con telegramas y explosiones literarias, dirige el hilo de sus asuntos. Pasa un tiempo: aquello empieza a aburrirle. Se impone una transformación, un acto que modifique y anime el espectáculo, decididamente monótono. La providencia de los novelistas le depara un día al señor Araya, y, con él, un duelo, un estruendoso cambio de cartas literarias, una de romance de caballería con encuentro descomunal en paraje equidistante de su feudo y del distrito de su adversario... Aquello se arregla al fin, entre los bostezos del público y de él mismo, sin duda, que ya los había anticipado en sereto.

Nuevo período de calma. ''El hombre—pensábamos todos—ha concluído por hartarse hasta de la originalidad...'' ¡Qué chasco! La máquina no hacía más que alimentar sus fuegos, lubrificarse y piafar. Por fin, a principios de la semana, estalló. Esta vez, el blanco de sus ataques no es un diputado, es el congreso entero. Ya no se trata de un encuentro a campo raso con un solo combatiente. Es una batalla la que busca, y como el paladín antiguo, espera al enemigo sobre el puente, listo para vencerlo. La nueva ley de representación parlamentaria, con arreglo al último censo, es el colmo del escándalo. Al advertirlo, su furor desborda en amplias y sonoras frases; porque no sólo—lo que ya es inaudito—priva esa ley a su cara provincia de Salta, de un diputado, sino que, sancionada por hombres a quienes sólo mueve el interés electoral, ella representa el triunfo de los ''instintos regionales sobre los intereses de la nación''...

El público, angustiado, se pregunta a estas horas:

—''¿Cómo será la próxima sonata del bardo cuando se canse de la actual?''

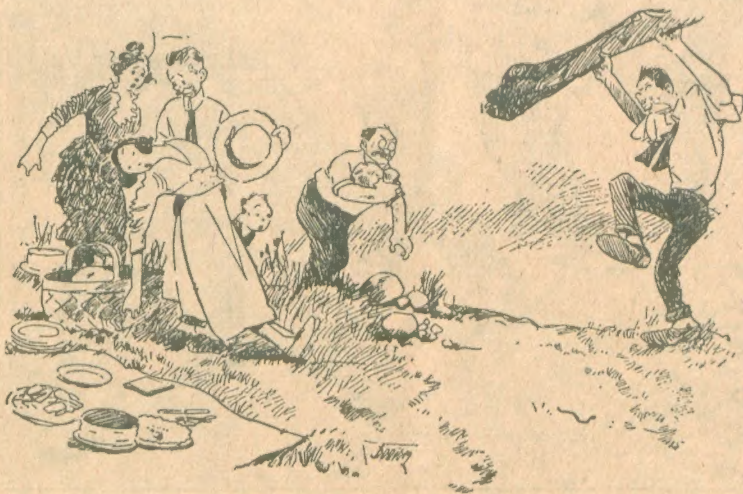
Una cosa es predicar...

Malos vientos soplan en el mundo de los futuros leguleyos. Y el desorden, caracterizando a quienes, por temperamento sin duda, y por unidad de conducta intelectual, eligieron la senda jurídica para conquistar la personalidad, recuerda, por similitud de paradojas, el caso del médico viejo y excéptico que murmura al oído de su enfermo, después de recetar oficialmente la pócima: ''No tome remedios. Guárdeme el secreto. Yo no he tomado jamás ni una cucharada de jarabe.''

¿En qué quedamos? ¿Son o no son los futuros jueces, los paladines de la justicia, la garantía viva de la libertad de mañana, una especie de seguro que los ciudadanos de hoy toman sobre la inalienabilidad de sus derechos del porvenir? Y si lo son ¿qué significan esos conflictos ruidosos, esos desplantes electorales, como si sus asambleas no estuvieran formadas por hombres de ley?

Una rareza más que agregar al original acerbo de estos tiempos. No hace muchos días, el congreso, la municipalidad, la prensa, el país entero, aplazaban la consideración de apremiantes asuntos para ocuparse de un problema agudo, impostergable, en que mediaba nada menos que la salvación de la cultura argentina: había que dotar de un edificio a la Facultad de Derecho. Y entre vítores, aclamaciones y palmadas el magno asunto se resolvió favorablemente. Quedó el decano en el pináculo de la popularidad entre los estudiantes, y éstos entre los seres más felices de la tierra. Transcurrió una semana. Cambio completo de decoración. ¡Los alumnos exigían la renuncia del decano, armaban un tumulto, y la república estupefacta, se preguntaba si todos, congreso, municipalidad, etc., no habían perdido su tiempo!...

EL ACONTECIMIENTO DEL PIC-NIC



La novia vió una lombriz con facha de culebra.

Concordancias

Como una nube azul semiesfumada
en el sueño de un vago panorama,
como en la paz solemne de la selva
doliente voz lejana;

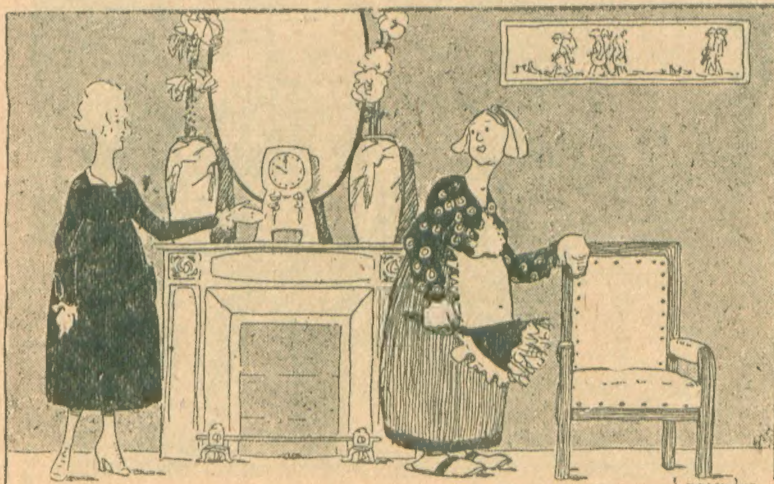
como en la honda soledad del templo
la música sagrada
y del hogar en las serenas horas
una materna cántiga;

como todas las cosas que en la vida
están en absoluta concordancia
y deben ser cual son (si no lo fueran
por lógico estetismo se extrañaran)

mi amor está en tu amor, tu alma en la mía,
tu amor está en mi amor, mi alma en tu alma.

Horacio H. SIVORI.

SERVICIO DOMESTICO



—Ramona, ¿ha pasado el plumero a la chimenea?
—¡Oh, señora: no he esperado a que me lo digan! Hace ocho días que se lo he pasado.

Mendoza

Decididamente, desde los heroicos tiempos de la cruzada libertadora, Mendoza no había gozado de una actualidad más viva, más obligada, más aguda, que la que hoy alienta, con tanto dolor de sus pacíficos habitantes, como orgullosa suficiencia de las autoridades.

Se trata, es claro, de una actualidad negativa, en violenta contraposición con aquella histórica fama que hizo de Mendoza un nombre sagrado para la libertad de medio continente. Al cabo de un siglo, la epopeya se convierte en opereta, opereta cruel, porque siendo vivida, no hay forma de reir, como en las tablas, ante el espectáculo del mandón que encarcela maestras, destierra ciudadanos, les obliga a cabalgar ''en pelo'' centenares de leguas, y luego—con magnánimo gesto—los pone en libertad... en el desierto. El coro de los desventurados en aquella inmensa soledad, sollozando de hambre, de sed y de cansancio, pone los pelos de punta.

—¿Qué es esto?—se interrogan las gentes en plena calle Florida, ante los escaparates artísticos que hablan con la voz elocuente de las cosas el lenguaje de la cultura, de la suavidad de costumbres, del respeto moral y de la tolerancia de las ideas.

—¿Qué es esto?

—''Esto—murmura una voz cavernosa—esto es lo de siempre, lo que ya notaba Sarmiento: ''Debajo del pantalón europeo, se nos ve, a algunos argentinos, los flecos del calzoncillo gaucho''...

ILLAPA

I

Cuando los diaguitas que habitaban el valle de Yocavil supieron que al frente de numeroso ejército venía el Inca desde la capital de su imperio en son de conquista corrieron a la cueva del gigante y le pidieron que los defendiera.

El gigante echándose al hombro el hacha con que triunfara en un sinnúmero de combates fué a esperar al Inca y a su ejército en el desfiladero próximo a los panteones de Amaycha contestando a los diaguitas:

—Confiad en mí, porque los venceré fácilmente.

II

Como se precipitan los ríos desplomando los paredones que forman sus barrancas, arrastrando los árboles y las moles de piedra, así se lanzó el Inca con su ejército por el paso de Anfama y así llegó a la inmensa cuesta que llaman hoy del Infiernillo.

Frente a él, en los panteones de Amaycha, el gigante los esperaba.

—Nos trae Yupanqui el conquistador!—gritáronle las huestes quichuas. Y el gigante, inmóvil, hierático sobre el panteón, replicó a los guerreros:

—Os venceré fácilmente.

III

Los guerreros celebraron consejo.

. . . .

Después enviaron contra él, los Ailhus de Ulluconayoc, Tarama y Chinchacocha.

Y cuando el sol se hundía tras el cerro de los Quilmes, dijo el gigante:

—Os he vencido fácilmente.

IV

Al amanecer, Yupanqui eligió a otros guerreros. A los de Mollo Ponco, Huarochovi y Checras, que, con la ayuda de los Guamalies y Huanucos escalaron el túmulo que servía de fortaleza al gigante que al rechazarlos volvió a decir:

—Os he vencido fácilmente.

V

Entonces, viendo cuan estéril era el esfuerzo, Yupanqui reunió a los sacerdotes del sol. Estos, que acompañaban al ejército, depositaron sus huacas, sus ídolos, y los vasos rituales en que traían yerbas sagradas, en lo alto de un cerro y desde allí hablaron con Yuti, el dios de las alturas, que reverdece los campos, madura el maíz y da su calor a la sangre.

El gigante, que los contemplaba desde su fortaleza otra vez exclamó:

—Os venceré fácilmente.

VI

Bajaron los amantas y el Villac-Hunní, el gran sacerdote, se dirigió así a Yupanqui:

—¡Hijo del Sol! Quiere el Padre del Universo, que en vez de soldados envíes contra el gigante otra fuerza más poderosa aún. Quiere que elijas a la más bella de las ñustas y que esa sacerdotisa lleve al gigante un canastillo de flores...

Y el gigante que por ser gigante oía a gran distancia les gritó:

—Os venceré fácilmente.

VII

Y fué la ñusta cuesta arriba llevando un canastillo de flores.

Rubio era el cabello de la joven, rubio como los rayos de oro del astro adorado.

—¡Detente!—le gritó el gigante.

Negros eran los ojos de la joven, negros como los jotes que devoraban a los caídos bajo el hacha del combate.

—¡Detente! —gritó el gigante.— Aquí no llegan los que adoran al Sol!

La virgen estaba próxima a él.

Frente a frente, una vez más se encontraban la hermosura y la belleza americana.

PARA COMBATIR LA CARESTÍA DE LA VIDA



Bastaría restablecer el paseo infamante de los acaparadores.
(Del "Asino").

Alzó el gigante su hacha ensangrentada... Illapa, el mismo dios del rayo que durante la lucha diera fuerza al coloso rasgó las nubes y fulgurante cayó sobre el arma, y ésta, hecha pedazos, se tendió sobre el campo cubierto de cadáveres.

Yupanqui, su ejército, los sacerdotes y las ñustas que observaban la escena dieron gracias al Sol cuando vieron al gigante que se iba.

VIII

—¿A dónde vas?—le preguntaron los diaguitas que lo esperaban en el valle.

—A mi caverna.

—¿Qué ha sido de Yupanqui y de su ejército?...

El gigante continuó su camino.

—¿Vienes cansado?

—Vengo vencido.

—¿Por quién?...

—¡Por Illapa, por el rayo!

Y tendió el brazo hacia el túmulo.

Allá, arriba, envuelta en la blanca túnica de las ñustas vieron una rubia joven, de ojos negros, que ofrendaba al Sol un canastillo de flores.

E. A. HOLMBERG (h.)

Anaradjapura

De los muchos europeos que han estado en la isla de Ceilán, pocos son los que han visto Anaradjapura, la ciudad de la higuera sagrada, fundada, según dicen, por un sobrino del mismo Buda. El viaje no es nada cómodo; de 145 kilómetros que hay que recorrer desde Kandy, sólo pueden hacerse 29 en ferrocarril, hasta Mantale. Al llegar a este punto, el único medio de locomoción que encuentra el viajero es un cochecito destartalado, del que tiran dos infelices matungos, y con el cual hay que hacer todo el trayecto a un galope infernal, interrumpido un sin fin de veces por tropezones, vuelcos y paradas para cambiar de tiro.

Lo pintoresco del camino compensa un poco las molestias del viaje. Durante kilómetros y más kilómetros, el coche pasa entre vastas plantaciones de té y cacao, o entre bosques interminables de plátanos y cocoteros, donde se ven monos y aves de todas clases, mientras verdaderos enjambres de policromas mariposas rozan casi con sus alas el rostro del viajero.

Por fin se llega a Anaradjapura y se para en un "bungalow", propiedad del gobierno y único edificio civilizado de la ciudad, lo cual no obsta para que en él se vean correr a docenas, por techos y paredes, ratas y lagartos de mil distintas variedades. Fuera de esta casa y de la cárcel, bastante grande por cierto, en la ciudad no hay más edificios modernos que las chozas de adobe de los indígenas.

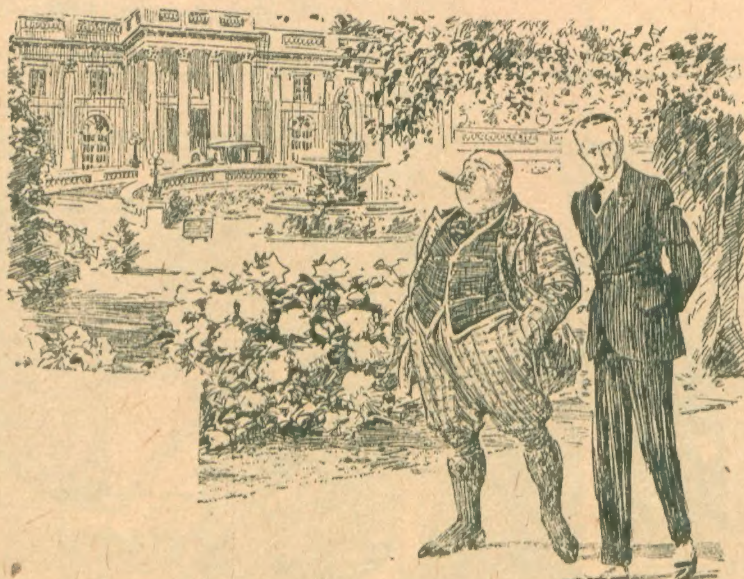
En cambio, en construcciones antiguas, es Anaradjapura uno de los puntos más ricos del mundo. En una extensión de más de 65 kilómetros cuadrados no se ven más que ruinas de templos y de palacios, que se supone fueron construidos hace más de dos mil años, y cabe pensar que aún debe haber muchos más restos arquitectónicos de esta clase, pues continuas excavaciones están revelando ya su existencia.

De todas estas ruinas, la más digna de admiración es la Gran Dagoba, especie de cúpula de 75 metros de altura, que, aparte de su forma cónica, ofrece bastante semejanza con una fortaleza. Sus paredes, de ladrillos muy fuertes, se hallan enteramente ocultas bajo una espesa capa de vegetación secular, y en torno de todo el edificio se ven numerosas estatuas de Buda, algunas de ellas admirablemente conservadas, así como algunos bloques de piedra cubiertos de inscripciones en jeroglíficos. Otras seis o siete dagobas que se encuentran en las cercanías, están construídas sobre el mismo plan, pero son más pequeñas. Todas ellas tienen la entrada tapiada, de modo que sólo puede llegarse, cuando más, a una especie de plataforma que les sirve de base; para subir hay algunos escalones, y a cada lado de éstos, esculpido en piedra, un *dvarpal* o guardián, que hace el mismo papel que los perros que los romanos pintaban a la entrada de sus casas.

Aquí y allá, alternando con las dagobas, se ven ruinas de magníficos templos, de los que sólo quedan los pilares que debieron sostener las bóvedas. Una tradición local pretende, acaso con razón, que estas enormes columnas, todas de una pieza, y algunas de ocho metros de altura, fueron colocadas por elefantes, y en los alrededores se enseñan grandes piscinas de piedra, donde debieron bañarse estos animales, con otras más pequeñas que servirían para las serpientes sagradas. Uno de los templos más extraordinarios debió ser el llamado palacio de Bronce; sus ruinas consisten en 1.600 columnas de granito, que en otro tiempo estuvieron cubiertas de planchas de cobre y bronce. Junto a ellas se encuentra la higuera sagrada, un árbol viejísimo, el más viejo del mundo, según la creencia popular, pero que se sostiene perfectamente a pesar de no tener apoyo artificial de ninguna clase. Pero lo más notable de Anaradjapura es probablemente el templo de Isurumuniya, que está excavado en la roca viva y rodeado de estanques donde hormiguean los cocodrilos. La llave de este templo, una señora llave de tres decímetros de longitud, la guarda el sumo sacerdote, con cuyo permiso puede penetrarse en el sagrado recinto, y ver allí, a través de una gran vidriera, un Buda gigantesco, esculpido en la misma roca y pintado de rojo y amarillo con bastante mal gusto.

Antes de salir del templo, y en una pequeña plataforma, el visitante puede ver otra maravilla: una huella gigantesca, que se dice impresa por Buda en persona. Al viajero le está permitido dudar de esta aseveración, pero no importa. Anaradjapura es interesante sin eso, y el que va a ella no puede decir que ha perdido el viaje, aun cuando le duela todo el cuerpo por el traqueteo del camino.

ARTE ARQUITECTÓNICO



—¿De qué estilo es su casa?
El ex huevero:
—¿Estilo?... ¡El estilo más caro!

EL HÚSAR

Después del combate de Tarvis, un sargento aposentador de los húsares de Massena, que cazaba en un enebral, se vió acometido por unos gitanos que le desarmaron en un abrir y cerrar de ojos. La banda se puso en seguida en marcha hacia el Sur.

A poco andar, el soldado pidió una pipa de tabaco.

—No entienden el francés—dijo una voz temblorosa.

El húsar volvió la cabeza y advirtió a un segundo prisionero con los brazos atados a la espalda, que iba entre dos gitanos.

—¿Eres paisano mío, compañero?

—No—contestó el hombre;—soy italiano, pero he trabajalo en Marsella tres años seguidos.

—Yo me llamo Legoff, el sargento aposentador, Legoff. ¿Me harías el favor de un poco de tabaco?

—¡Santa Madre!

—¿Qué hay? parece que acabas de tragarte un cuartillo de tripas.

—Si supieras lo que te aguarda—refunfuñó el italiano—no pensarías muho en fumar. Bien puedo decírtelo, ya que no tienes miedo: van a colgarte.

Sobresaltóse el soldado; pero muy poco, muy ligeramente.

—¡Mecachis! tengo costumbre de que me fusilen, pero de que me ahorquen...

Levantó la cabeza.

—Entonces, razón de más, para cargar antes una buena pipa. Dime tú que los conoces, ¿qué gente es esta?

—Húngaros que vienen de Trieste y van a reunirse con otras tribus que están en el Terglou, el monte más alto de este país; gente que acampa un día y se va después, aves de paso, caldereros, músicos, mozos de cordel, bandidos sobre todo. Hablan en una lengua suya, el caló; pero he adivinado que te echarían la soga a no ser que...

—¿Qué?

—A no ser que una de sus mujeres te salve la vida. Lo han resuelto en cuanto te han visto. Eres alto y fuerte, eres soldado, y además francés. Yo no soy más que un comerciante y pedirán rescate por mí. Si antes de una semana no hago que les den seis mil liras—"¡Cospetto di Baco!"—seis mil! ¡el valor de mi casa y de mis cosechas de tres años!—al potro.

—¿Y para mí?

—Tú también, ahorcado, si no te casas con una gitana.

—¿Casarme?—murmuró el soldado—tiene gracia en medio de todo.

No dijo nada más. Enorme con el colbac puesto, echada atrás la pelliza, iba subiendo por la montaña, y cortando, camino adelante, ramitas que ataba con cordones. Pero bien se veía que pensaba en otra cosa.

Al subir hacia los húngaros que los esperaban entre los abetos sombríos del monte, hacia donde estaba la extranjera con quien tendría que casarse, si no quería morir, Legoff volvía a ver en un sueño a todas las mujeres que había conocido un día o una hora, que había amado una hora o un día. Eran muchas. Y aquello le asombró un poco.

Por de prono, se acordó de la primera, la más humilde, pero que las dominaba a todas con las alas extendidas de una cofia blanca posada en su cabecita rosa. Ivona, una chica de Ploermel. El tiempo de una retama escasamente había durado su amor. De repente, un cañonazo: 1792; la salida para la guerra, en masa. Campaña del 93: el Rhin, las mujeres rubias; Maguncia la bella Rosa. Lisbeth, Dudi Müller, la de las lindas trenzas. Campaña de la Vandea: combates de Laval y Austrain; chuanas derribadas de su cabalgadura y poseídas en la landa; una vizcondesa ¡vive Dios! y un rebaño entero de muchachas de los caseríos. Campaña del 94: Fleurus, la carga: ¡más besos! Conquista de Holanda, fuerte de Werkrum; allí, un capricho largo: la hija de un tulipanero, Elsa con unos dientecillos como gotas de leche. Campaña de Alemania; Düsseldorf: Magda la roja y Resi Krauss, bebedora, de piel tan fina, que a través de ella se veía pasar los tragos de clarete. Un año después, Italia, la gloria, los recuerdos hermosos, batallas y queridas: Monttenote y Sofía. El Adigio: una chiquilla risueña, robada a caballo, sobre la piel de carnero del petate. Arcola: un sablazo y otro amor. Combate de la Favorita: los galones de sargeno cosidos por Lucchia y perfumados por sus besos. En resumidas cuentas, había combatido durante cuatro años; había amado durante cuatro años, y siempre vencedor: ¡un ensueño hermoso!

El italiano le sacó de él suavemente:

—¡Per Dio! Te estoy mirando... ¿Qué es lo que haces? ¿Un juguete?

—Sí—respondió el húsar cerrando el cuchillo.—¿Ves ese viejo que va fumando detrás de nosotros? Pues voy a darle mi molinete para su chico y cuando el granuja se eche a reir, ¡lléveme el diablo si no consigo una pipa del abuelo!

—¡Francese sorprendente!

—¿Qué dices?

—Que tienes una calma asombrosa.

—Cuando no sopla el viento—dijo Legoff,—hay que remar. Atención, compañero que ya llegamos.

En efecto. Tras un muro de abetos, hallábase acampada la tribu: en semicírculo de tiendas en las que rebullía entre harapos un atajo de mujeres agusanadas, vestidas con abrámides griegas, chales, rhin graves y caftanes turcos, todo ello raído, apolillado, apestoso.

—¡Oh,—exclamó el húsar,—¡oh!

Y lentamente hizo una mueca.

Las mujeres rodeaban a los dos prisioneros. Una negra se acercó soberbia, envuelta en una zamarra de obispo, y miró al francés profundamente.

—"Per l'amor di Dio!"—gimió el italiano,—como echo de menos mis viñas!

Los gitanos disputaban. Un viejo tomó al fin la palabra. Era el abuelo del niño.

Legoff contemplaba la pipa de aquel hombre.

No se tardó mucho. Bajo una enramada de la que pendían los nudos corredizos de un par de sogas, llevaron a los prisioneros. El negocio del italiano salió redondo. Le rescataron. Luego le tocó al francés.

—Dice que si una mujer de la tribu dentro de una hora, te pone la mano encima, te salvas. Después tendrás que recibir las "tres gotas de agua de la roca", pasarás por los "círculos" y serás zíngaro como ellos.

—Prefiero la pipa,—dijo el soldado.

Sacó un cordel y dió vueltas al molinete. Toda la tribu se echó a reir.

Pero el húsar estaba serio.

—Propón el negocio al buen hombre,—dijo el italiano.—Si me da tabaco, le doy el molinete al mocoso.

A las primeras palabras del italiano, el viejo sacó una bolsa de su bolsillo y se la dió al soldado. Tomó después el molinete, mientras Legoff, pálido de gusto, atiborraba de tabaco su pipa.

La primera bocanada que se echó le llegó hasta los ojos. Abajo, en profundidades vertiginosas, veíase la fuente de la Save y el río Isonzo, rutilantes al sol enrojecido. Delante de él, a lo lejos, el Tirol.

Así como así, refunfuñó Legoff. Es casi tan bonito como Bretaña.

En aquel instante, una mano pequeña se le posó en el hombro.

Rumores en la tribu. Detrás del viejo que llegaba, hombres y mujeres se atropellaban con alegría.

—Es verdad—dijo el soldado—ya no me acordaba...

La horca y la gitana estaban delante de él. Entonces el soldado de Massena miró a la chica.

Ante aquella flecha inflamada, aquella sonrisa dominadora de la mujer que tiene su presa, que sabe que es el alma, el húsar se sintió empequeñecido, humillado. Se vió preso en los brazos de aquella mujer y retrocedió.

En el tiempo de un relámpago, todas las mujeres amadas le pasaron otra vez por la memoria. Las sonrió. De aquellas, por lo menos, el vencedor había sido él; él era quien les había puesto la mano encima, quien las había tomado.

En la llamarada de sus recuerdos, resucitó su orgullo de galán.

Volvió la espalda, con desprecio, a la gitana; sacudió la pipa en el tacón de la bota derecha, y dijo al verdugo:

—Ya que he fumado, ¡váyase al diablo!... ¡La cuerda!

Y diez minutos más tarde, bajo el ahorcado que se balanceaba al viento del Tirol, no quedaban más que el italiano, encogido de terror y el gitanillo que hacía dar vuelta al molinete.

Georges D'ESPARBÉS.

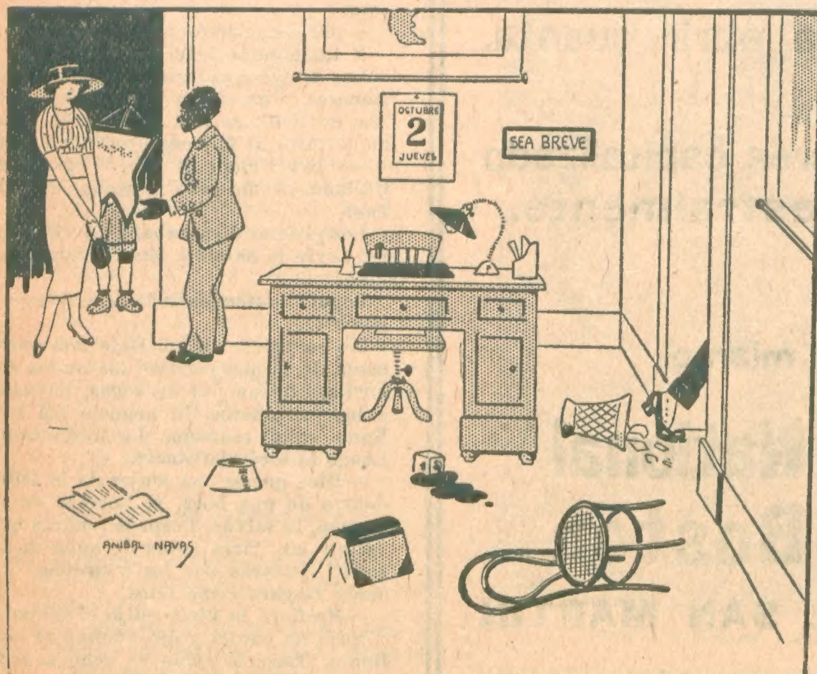
EN LA PLAYA MARPLATENSE, DENTRO DE POCO



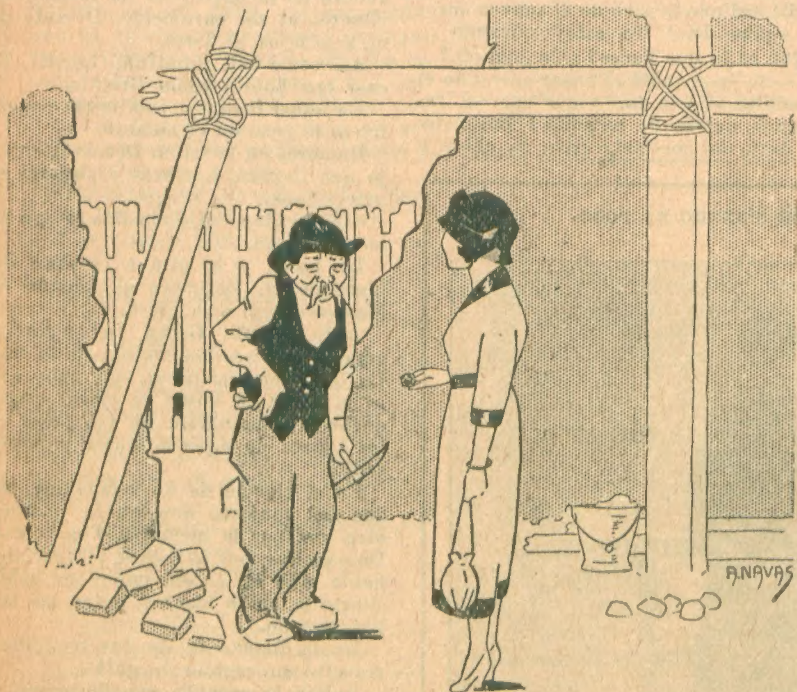
—¿Oyes rugir el mar?
—No es el mar; son los huéspedes que están discutiendo con el patrón la cuenta del hotel.

NOTAS PLATENSES -- La colecta

Son las dos de la tarde. La primavera luce en todo su esplendor bajo la caricia de un cielo sereno y azul sin una nubecilla, mientras el sol invadiéndolo todo convida a vivir. Es la hora febril del trabajo. En la estación, por la ancha puerta de salida surgen apelotonados los viajeros y la diagonal ochenta en su amplitud majestuosa de



''camino obligado'' es un desfile continuo de coches y automóviles que pasan veloces con gran rumor de cascos y cantar de bocinas, para desgranarse después por la calle 48 en busca de los Tribunales o por la Avenida Independencia, la gran vía comercial, llena también en esos momentos de ruidos y de peatones que marchan apresurados cumpliendo el precepto bíblico de ''ganarás el pan con el sudor de tu frente''.



Hace un momento que salieron las distintas comisiones de una Sociedad filantrópica, en demanda del óbolo para los pobrecitos que pasan su niñez infeliz de huérfanos o abandonados entre las paredes desnudas y frías de un asilo. Y allá van en grupos de dos y de cuatro, nuestras gentiles niñas, alegres y parleras, mientras el huerfanito que simboliza al desvalido sostie-
trabajo, con el semblante demudado y
ne el estandarte, y en tanto que ellas ofrecen en la punta de los dedos el pequeño emblema que ha de adornar el pecho de los generosos donantes.

Tarde de colecta; tarde de críticas, de protestas; tarde de corridas y de sustos, y tarde también de amor, porque más de una vez se inició un poema al presentar la blanca mano el diminuto símbolo y al recogerlo los dedos varoniles, mientras los ojos del donante buscaban en las pupilas de la protectora de los niños, la ofrenda de caridad para curar un corazón huérfano de amor.

—

La Comisión ha entrado en una oficina pública. Un empleado, dando un salto prodigioso, abandona su mesa de

sus labios balbucean torpemente el grito de alarma: ''¡la colecta!'' Se produce un gran ruido de sillas que se caen, de puertas que se cierran violentamente, el personal de la oficina como poseído de una locura repentina corre a ocultarse despavorido; y mientras la bella postulante se interna decidida con el pequeño botoncito entre los dedos, la figura simiesca del negro ordenanza surge de un empolvado rincón para musitar tembloroso: Disculpe... No hay nadie...

—

La escena ha cambiado. Entre las intrincadas maderas de los andamios trabajan los obreros en el edificio en construcción; gimen las poleas llevando a la altura los baldes de mezcla y la piqueta levanta nubes de polvo al morder las viejas paredes con su diente de hierro. Las niñas llegan. El primero en ser interrogado con la consabida frase de ''una limosna para los niños pobres'', es un viejo italiano, que, hurgando en los profundos bolsillos del chaleco, saca, junto con una deslustrada tabaquera, una moneda de diez centavos, que entrega a la postulante, indeciso y avergonzado ante el agradecimiento de la niña.

Y así, uno por uno, casi todos los trabajadores depositan tímidamente su limosna.

—

Ha pasado un ''gomoso''. Lleva el sobretodo entallado hasta la exageración, un pantalón muy corto, los botines relucientes, las medias blancas, y allá en la altura, sobre el cuello que bien podría servir de puño, la cabeza sostiene un enorme sombrero; sus manos juegan displicentes con la varita de bambú de dorada empuñadura. Al doblar la esquina le detiene una Comisión; la postulante sonríe presentándole el emblema. El ''gomoso'' empalidece, tose, se estira nervioso los puños, pasa su mano por la cara empolvada y llena de afeites, y ante la insistencia de la niña se vuelve con movimiento rápido e iniciando apresurada marcha, exclama con aflautada voz: ¡Pedigüeña!



—

Y van las Comisiones cruzando calles, llamando a las puertas de las casas, penetrando en los edificios públicos, en el lujoso comercio y en el sórdido ''boliche'' suburbano. Su paso se va señalando por los diminutos distintivos que quedan prendidos como glorioso premio en el pecho de los dadivosos, o por las violentas discusiones que se entablan en las oficinas, en los negocios y en las calles, porque los huerfanitos tienen sus defensores y sus detractores, porque los días de caridad son aprobados y criticados por mucha gente; porque... somos así: generosos en ciertos momentos, avariciosos y malos en otros...

—

Y al contemplar ese altruísmo femenino, desinteresado y gentil, que desafiándolo todo marcha a la conquista del óbolo para los pobrecitos que no tienen madre, siento que mis ojos se humedecen, como se han de humedecer las pupilas de las madres que desde la serenidad azul de ese cielo de primavera contemplan a sus hijos que dejaron un día, llorando mucho, en la soledad hostil de la tierra, y yo no sé por qué se me antoja que al pasar por mi lado un transeunte llevando en la solapa un botón de caridad, va paseando por las calles un pedacito de corazón de madre, que lo bendice desde el cielo.

MALVALOCA.

JUDIT

Con sus ojos perversos de judía,
más negros que la noche de su intento,
miró a Holofernes, que a sus pies hambriento
de amor, su grata juventud sentía...

En los encantos de la tienda umbría
sobre su seno — mármol opulento —
cálido asilo, le ofreció un momento
a la frente del rey, bella y bravía.

Empuñando el alfange vengativo,
sobre el espasmo del señor cautivo
como un tajo de hoz cayó su brazo...

Y victimaria; trémula y airada,
arrojó la cabeza ensangrentada
por las gradas de amor de su regazo!

Francisco Aníbal RIU.

La caza de fieras para el comercio

Una de las actividades comerciales más originales, que fué detenida bruscamente por la guerra, es la del comercio de los animales de todas clases para los jardines zoológicos. Los alemanes lo habían monopolizado y Hamburgo era el mercado mundial de fieras. Este género de industria representaba una ganancia anual de cerca de treinta millones de francos.

Bien; los ingleses manifiestan ahora el propósito de quitar a lós alemanes esta rama comercial y creen que les será relativamente fácil lograrlo, desde que la mayor parte de los animales puestos en venta en Hamburgo provenían, no de las colonias que poseía Alemania, sino del imperio colonial británico.

Por supuesto, la parte más interesante de la profesión de comerciante de fieras es la captura de éstas. La realizan hombres dotados de indomable energía y capaces de resistir a las privaciones y enfermedades de los territorios que exploran. Pues son, en cierto modo, exploradores: en busca de las fieras llegan a regiones adonde nunca había penetrado el hombre hasta entonces. La expedición transporta un material extraordinariamente voluminoso, y como suelen componerla más de cien individuos, en su mayor parte indígenas, es preciso llevar víveres para todos ellos durante varias semanas.

Las fieras grandes, leones, tigres, etcétera, son capturados casi siempre cuando son cachorros. Es difícil tomar ileso a un animal adulto y más difícil aún transportarlo a grandes distancias en medio de los bosques. Actualmente un león vale de 2.000 a 8.000 francos, según su edad y su tipo. Los indígenas suelen encargarse de capturar los cachorros. Se aproximan al antro de la fiera cuando los padres están ausentes. Es fácil la captura si el animal cuenta sólo pocos días de existencia, pero ya los de cuatro semanas dan mucho que hacer, pues se defienden encarnizadamente. Los cazadores se apoderan del animal echándole una manta que le traba los movimientos. Se lo llevan rápidamente y en los primeros tiempos lo alimentan con leche de cabra que le dan en mamadera.

Las mejores presas son la jirafa—cada ejemplar se vende hasta 25.000 francos,—el hipopótamo y el rinoceronte, que valen cada uno de quince a veinte mil francos. Es también muy valioso el "gnou", animal que tiene cierta semejanza con el ciervo y el caballo.

Una caza particularmente interesante es la de la cebra. Antes de la guerra uno de estos animales se vendía entre cinco y diez mil francos. Para apoderarse de estos veloces animales es preciso movilizar verdaderos regimientos, pues hay expediciones compuestas hasta por tres mil indígenas. Evolucionan en riguroso orden, según un plan preestablecido, tan minuciosamente como si se tratara de la preparación de una ofensiva de guerra. Se envía exploradores en diversas direcciones, provisto cada uno de una bandera para hacer señales, y en cuanto se descubre una tropilla de cebras se inicia un vasto movimiento envolvente que tiene por objeto cercar la tropilla y hacerla correr hasta un corral, improvisado con ramas en pocas horas, donde los animales quedan encerrados y son luego enlazados uno por uno. El mismo procedimiento se emplea para cazar a los antílopes, aunque resulta más difícil a causa de la maravillosa rapidez de estos animales, que, por otra parte son tan tímidos, que al ser perseguidos y una vez abatidos por el cansancio, a veces mueren de terror. Para evitarles esta muerte, en cuanto se les alcanza se les da una inyección de una droga anestésica.

Dr. A. F. PIÑERO.

El águila de los facistoles

Según parece, el ave representada en los facistoles más antiguos no era el águila, sino el pelícano. Esta palmípeda se tomó en la antigüedad como símbolo del amor maternal, por existir la creencia de que se abría su propio pecho con el pico para que los polluelos pudiesen comer su carne, y de aquí que se la considerase también como emblema del cariño que a sus hijos tiene la Madre Iglesia, o según algunos autores, del Redentor del mundo, dando su sangre por los hombres.

Los escultores y tallistas de la Edad Media, que en su mayor parte ni en pintura habían visto un pelícano, lo representaban casi siempre a su capricho, bajo una forma enteramente fantástica. Cuando pasaron los años y la leyenda del pelícano fué cayendo en el olvido, alguien creyó ver águilas en las aves de los facistoles, y así se pasó de uno a otro volátil. Todavía se ven algunas de estas águilas que por su posición parecen estar hiriéndose la pechuga con el pico, recuerdo de lo que fueron antes de su extraña metempsicosis.

Respecto a lo que haya de cierto en la costumbre atribuída al pelícano, conviene advertir que en algunos ejemplares cautivos se ha observado, en efecto, cierto prurito de rascarse el pecho con la punta del pico hasta hacer brotar la sangre; pero este hecho no tiene nada que ver con la alimentación de los pollos.

HÉROES MODERNOS



La hazaña del niño espartano.

Una romanza comprobando la personalidad

Hace varios años, el famoso tenor Caruso fué protagonista de una curiosísima escena desarrollada en un Banco de Nueva York. Presentóse el artista a hacer efectivo un "cheque", pero el encargado de la caja se negó a pagar en tanto que el tenor no acreditase en debida forma su personalidad.

Ante aquel inconveniente, trató Caruso de convencer al cajero de que él era la persona a cuyo favor estaba extendido el documento. Mas el testarudo funcionario no quiso dar su brazo a torcer, pues aunque conocía perfectamente a Caruso por haberle oído cantar en la Opera, estaba en la creencia de que el artista era un poco más alto.

Entonces Caruso tuvo una inspiración. Recordando un caso semejante ocurrido hace muchos años a la Patti, suspendió sus negociaciones con el cajero, y entonó la deliciosa romanza del último acto de "Tosca".

No bien había comenzado el célebre tenor los primeros compases, púsose el cajero a contar pausadamente el dinero del cheque. Al terminar la romanza, los trescientos empleados del Banco prorrumpían en un triple ¡hurra! en honor de Caruso, quien con toda calma embolsó sus dollars, despidiéndose de su improvisado auditorio con un expresivo saludo.

SECCIÓN VERMOUTH

POCO IMPORTA

—El capitán nos ha dicho que la ebriedad es degradante.

—¿Y a nosotros qué nos importa?: no tenemos ningún grado.

LA ÚLTIMA MISERIA

Entre acaparadores:

—¿Qué se ha hecho de Raffinetti? No se le ve por ninguna parte.

—Está en la última miseria.

—¿De veras?

—Sí, che; imagínate que tiene que trabajar para vivir.

LOS NEGOCIOS

—Nuestro ex socio acaba de presentar su balance. Los acreedores no recibirán más que el tres por ciento.

—Siempre dije que tenía grandes aptitudes para los negocios. Es una quiebra admirablemente hecha.

MÁS NEGOCIOS

—¿Cuánto dará usted de dividendo este año?

—El doble del año pasado.

—¿Y cuánto dió el año pasado?

—Nada.

SECRETO PROFESIONAL

El juez.—¿Cómo hizo usted para llevarse una caja de hierro de 300 kilos?

El acusado.—Es inútil que se lo explique, señor juez: usted no podría hacerlo...

LA PRIMERA VEZ

El presidente del tribunal dijo con acento solemne:

—Acusado: está completamente probado que usted ha dado muerte a su esposa. ¿Tiene algo que decir en su defensa?

—Sólo deseo pedir a los señores jueces que sean indulgentes, considerando que es la primera vez...

ORGULLOSA RESIGNACION

Un autor muy discutido, declaró filosóficamente:

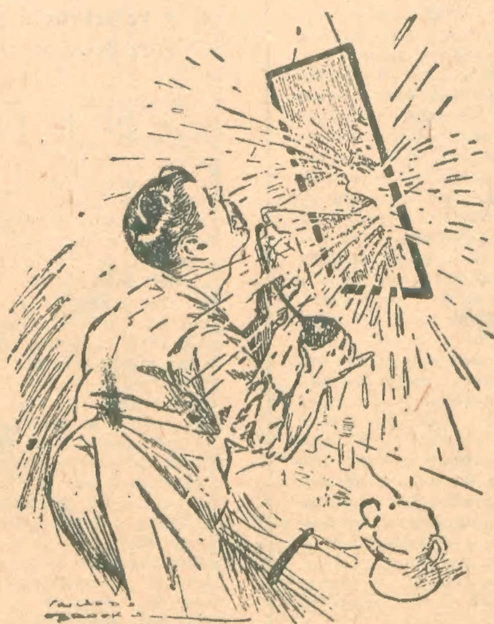
—Jamás devuelvo las piedras que me arrojan: pueden servirme para el pedestal.

EL ARTE EN LAS AFUERAS

La sociedad recreativa y melodramática de Villa Magnífica ha organizado una función teatral a cargo de los abnegados jóvenes del vecindario. Se trata de un drama de bandidos. Al pie de la nómina de los protagonistas, el programa dice:

"Los papeles de los ladrones serán desempeñados por los aficionados de la Villa."

LA COSTUMBRE



El barbero distraído acaba de afeitarse.

INTERES COMPUESTO

La obra había tenido un éxito extraordinario. Las aclamaciones saludaban estruendosamente al autor que se iniciaba en el teatro. Dos espectadores, vecinos de silla, aplaudían con particular entusiasmo. Uno de ellos miró al otro con simpatía y le dijo:

—Me alegro por el autor: soy su amigo. Parece que a usted también le agrada el éxito de mi amigo.

—Sí, señor, mucho: soy su sastre.

LA PIEDRA DE TOQUE

El ministro de instrucción pública de una república sudamericana, tenía en la mano una carta del presidente:

—¡Vea qué linda letra—exclamó delante de un amigo—y ni una sola falta!

—¿Cómo sabe eso, si usted no conoce la ortografía?—le observó el otro.

—Bah, es muy fácil saberlo: a todas las palabras que él emplea yo las escribo de otra manera...

HOMBRE PAGADOR

En el garito, uno de los concurrentes preguntó:

—¿Quién quiere prestarme veinte pesos?: le devuelvo en seguida la mitad.

DOBLE EXPERIMENTO

El profesor de física disertaba:

—En tiempo tormentoso, frótese vivamente y a contrapelo la espalda de un gato; la existencia de la electricidad salta inmediatamente a los ojos...

—Y el gato también—agregó un alumno.

LA LUNA DE LA VILLA

Un vecino de Villa Nueva Europa se quejó en la municipalidad del pueblito de la deficiencia del alumbrado público.

—No encendemos los faroles las noches de luna.

—Está bien; pero anoche no había luna.

—Sería a causa de las nubes: administrativamente debía haber luna.

LA DEFENSA DE LOS CONSUMIDORES

La defensa de los consumidores debe ser obra de los consumidores mismos.—**Ignotus.**

En el terreno de la cooperación libre, la teoría de la autodefensa de los consumidores es el "leitmotor" que explica su existencia.

Pero ¿cómo entienden muchos esta teoría? Es de imaginarse que defender al consumidor no significa proporcionarle sino ventajas. Sin embargo, y es lamentable decirlo, hay quien sostiene teorías disparatadas salidas de no sabemos donde.

Por ejemplo, se pretende que las cooperativas hagan frente a la carestía de la vida vendiendo artículos de inferior calidad pero a precios reducidos. Disparate colosal con el que se demuestra, la incomprensión absoluta de los principios cooperativos. La carestía de la vida no se soluciona con comprar más baratos artículos de inferior calidad, sino adquiriendo los buenos productos a precios razonables. Y las cooperativas que deben siempre tener como norma vender los mejores artículos, deben tratar de ofrecer los mismos a los mejores precios de la plaza.

Otros, y aquí está la manía y la idiosincrasia hispanoamericana, si no latina, esperan del gobierno las medidas necesarias para abaratar la vida, sin poner de su parte ningún empeño, ninguna iniciativa tendiente al fin deseado y sin acordarse tampoco que, generalmente, los que gobiernan son los primeros interesados en perpetuar el enriquecimiento de los comerciantes.

"LA GUERRA COMO YO LA VI"



De la serie de dibujos que publica la revista alemana "Simplicissimus".

Y todos se acuerdan de los acaparadores y de los intermediarios cuando se llega a los extremos. Cuando amaina la crisis nadie se acuerda de las pasadas miserias y cada uno trata de despreocuparse de los problemas más arduos de la lucha por la vida. Pero al dejarse sentir la carestía, entonces, como por encanto, aparecen los dispuestos a la lucha para defender el pan de cada día.

Hemos querido presentar estos dos aspectos distintos de la defensa de los consumidores para demostrar la necesidad imperiosa de orientar al pueblo con nociones claras y precisas.

Defender al consumidor no significa darle de comer cualquier cosa con tal que coma y defender al consumidor no estriba en rebajar un poco los precios cuando alcanzan cifras elevadas.

La defensa del alimento, del vestido y la habitación del pueblo, debe radicarse en la acción constante e inteligente de la actividad social. Debe exigirse la liberación de los impuestos que gravan los artículos de primera necesidad; debe pedirse el análisis y el control de los artículos que se expenden al público; debe reclamarse la fijación de precios mínimos que impidan la explotación inhumana de los acaparadores.

Con esas facilidades la cooperación libre adquirirá un amplio desarrollo, pues no encontrará los obstáculos que impiden desenvolverse con facilidad.

Romu. OGLIOLO.

Esta antigua definición de la democracia pertenece a un cuáquero. William Penn: "Haced creer al pueblo que gobierna y le gobernaréis fácilmente".

PUCHITOS

Wiljofclemperfoch... ¿hay palabra más extraña? Está compuesta, sencillamente por las primeras letras de los apellidos de hombres ilustres: Wilson, Jofre, Clemenceau, etc. y ha sido inventada por una municipalidad francesa, la de Castelsarrazin, para bautizar con ella una de las calles del pueblo.

———

Publicaciones médicas canadienses señalan la aparición de una enfermedad extraña llamada por los médicos "influenza del sueño" observada en la isla de Vancouver (Colombia británica). Niños de tierna edad, atacados por la enfermedad duermen desde hace semanas, sin que se logre despertarlos.

Esta enfermedad es completamente distinta de la llamada del sueño, que se manifiesta en Africa.

En algunos casos los enfermos mueren sin haberse despertado.

La autopsia no revela anomalía alguna en los órganos internos de las víctimas. La ciencia médica registra a este respecto un caso curioso, el de Carolina Obsson, joven sueca, de veintidós años que cayó el año 1875 en un sopor profundo del que despertó sólo en 1907, treinta y dos años después.

———

Los japoneses antiguos, por ejemplo los del siglo XVIII, llamaban a los europeos los "hombres de cabellos rojos" o "barbas rojas" o "chinos peludos".

———

Cuando fallece en China algún individuo procesado por delito de homicidio, creen sus compatriotas que su muerte es una prueba evidente de su delincuencia, y no permiten que quede sin castigo. Si tiene hijos se mete en la cárcel al mayor durante un año, y si es soltero se azota a su padre, o a uno de sus hermanos, con el fin de que purgue la falta del muerto en este mundo alguien de su familia.

———

Es muy común la creencia de que los peces se mueren al sacarlos del agua, porque la atmósfera terrestre les es fatal. Pero lo que realmente sucede es que las delicadas membranas de sus agallas se secan y se juntan de tal suerte, que no dejan paso al aire. A consecuencia de esto pierden la facultad de absorber el oxígeno necesario para su vida y queda interrumpida la circulación de la sangre.

Cuando un pez abre la boca con ansiedad al sacarlo de su natural elemento, es que trata, en su agonía, de abrir las agallas.

UN HARAGAN



—¡Qué me importa que el deber esté mal hecho! Quiero cambiar de clase. Quiero pertenecer a la clase obrera.

Los gobiernos de Dinamarca y de Escandinavia admiten a las mujeres para desempeñar el cargo de piloto en sus buques.

La mayor parte de los capitanes de marina escandinavos, dicen que prefieren los pilotos femeninos porque son más pacienzudos que los masculinos.

En la marina mercante de Suecia y de Noruega se encuentran también muchas mujeres dedicadas al pilotaje, y hacen sus cuartos con tanto o mayor cuidado que los hombres.

———

En Baldock (Inglaterra) existe la costumbre de obsequiar con un aguinaldo a todos los jornaleros madrugadores. Todo el que aspira al aguinaldo tiene que ir a la iglesia el día de Navidad antes de las cinco de la mañana. Al dar la primera campanada el reloj se cierra la puerta del templo y se obsequia a los que están dentro con un chelín (1,25 francos) y una camisa nueva y cuatro litros y medio de cerveza.

———

En el museo anexo al Jardín de Plantas, de París, se conserva un huevo que, por su tamaño, sería más que suficiente para saciar el apetito de unos cuantos hombres, por muy glotones que fuesen.

Mide el huevo en cuestión un metro de circunferencia, y se calcula que dentro del cascarón podrían encerrarse unos nueve litros de agua.

Tan gigantesco huevo lo encontró en Madagascar un famoso naturalista francés, y se cree que pertenece a una especie de ave ya extinguida, a la que los hombres de ciencia han dado el nombre de "Aepyornis". De su tamaño no hay que hablar, pues basta considerar el de los huevos que ponía.

———

Sólo se conoce en el mundo una especie de piedra que predice los cambios de tiempo mucho mejor que un barómetro. Fué descubierta hace muchos años por un viajero que recorría Finlandia.

La piedra se denomina en el país "semakuir" y está llena de motas blancas; pero cuando se acerca una tormenta desaparecen, y la piedra se torna completamente negra.

El "semakuir" se compone de arcilla, sal gema y nitro. Cuando la atmósfera está seca, la sal se manifiesta por medio de las citadas motas blancas; pero en cuanto amenaza lluvia absorbe humedad, y se pone tan oscura que no se distingue de los demás componentes, por cuya causa la piedra parece negra.

———

La mayor masa de hielo existente en el planeta que habitamos es la que constituye casi todo el interior de Groenlandia, donde se ha ido acumulando aquél desde tiempos prehistóricos, formando un bloque de cerca de 1.200.000 kilómetros cuadrados, por lo que se refiere a su área total, y de cerca de tres kilómetros de profundidad. Si estas cifras estadísticas no están erradas, resultaría que ese "terroncito" de hielo tendría un volumen mucho mayor que la totalidad del agua contenida en el Mediterráneo, y que extendido sobre la superficie de la Gran Bretaña e Irlanda la cubriría con una capa de 13 kilómetros de espesor, o cerca de 200 metros, si se desparramara sobre el inmenso territorio de los Estados Unidos.

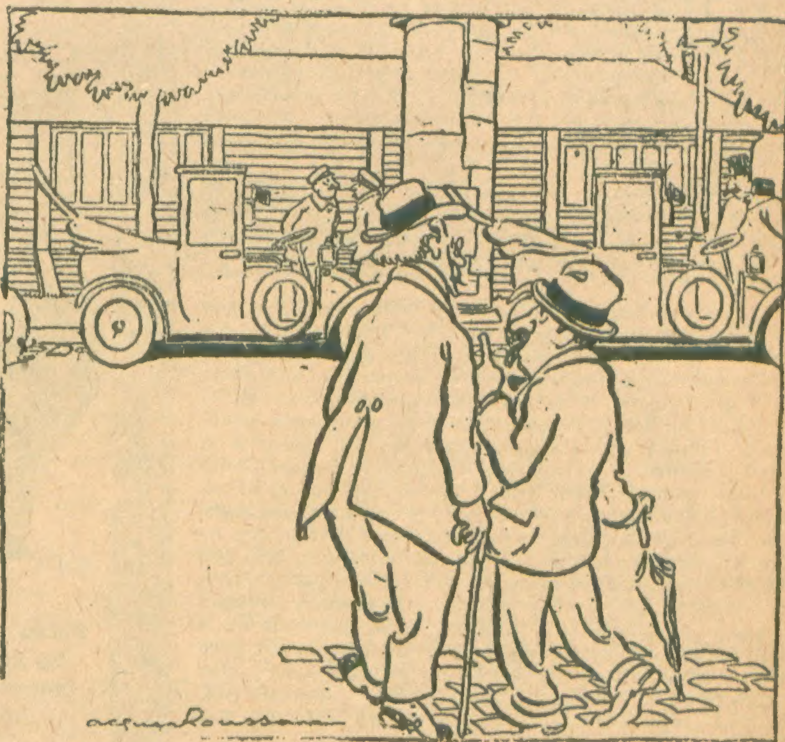
———

En los Estados Unidos han sido construidos por el "Bureau of Aircraft Production" a un costo de pesos 7.000.000, ocho laboratorios para la manufactura de productos químicos, con el fin de producir los ingredientes de la grasa para el revestimiento de las superficies de los aeroplanos.

De esa grasa o "dope" como se llama en inglés, han sido usados ya en un solo mes 200.000 galones. Es una composición parecida al barniz, y se aplica a las alas grandes y pequeñas, a la cola del aeroplano y a cuantas partes del aparato sea necesario para hacer sus movimientos más suaves, al mismo tiempo que resistentes a cualquier clase de temperatura y condiciones atmosféricas, así como impermeable. Reune también la cualidad de disminuir la fricción del aire. Existen actualmente en uso dos clases principales de dicha preparación en el servicio aéreo de los Estados Unidos: grasa celulosa de nitrato, que es la que se usa en los aparatos de experimentación o enseñanza, y grasa celulosa de acetato que se emplea en todos los aeroplanos enviados a Europa. La de acetato es la que se cree da una mejor capa, más permanente y menos inflamable que la de nitrato.

La palabra "dope" usada ahora casi universalmente, parece haber sido aplicada primeramente por los trabajadores de las fábricas. "Dope" en caló inglés, se usa generalmente al referirse a alguna droga.

OTRO PROBLEMA



—¿La travesía del Atlántico? Gran cosa: todo el mundo la realiza... Lo difícil es ir en tranvía a Villa Urquiza, vía Lacroze.



EL PROBLEMA DEL DIA

—Si yo hubiese sido Diógenes, no habría buscado un hombre, sino una casa.

¿Plantas que ven y oyen?

Hace algunos años, el profesor Gottlieb Haberlandt, del instituto botánico de Gratz, en Estiria, hizo un descubrimiento sensacional en el mundo científico. Después de observaciones rigurosamente controladas, obtuvo la prueba de que muchas plantas están dotadas de un sentido semejante al de la vista y que a este respecto podían ser comparadas a los animales inferiores.

Ya se había demostrado la sensibilidad de las plantas: sufren y se enferman, como los animales, cuando se las coloca en circunstancias desfavorables, cuando se las priva de aire, de luz o de agua o se las mutila. Pero parecía difícil admitir que poseyeran el sentido de la vista, por rudimentario o ínfimo que fuese. Sin embargo, los trabajos de Haberlandt demuestran que las células epidérmicas de las plantas son especies de lentes convexas, tan perfectas como las facetas del ojo de la mosca.

El ojo de la mosca está compuesto, como es sabido, por numerosas facetas que son otros tantos ojos diminutos. Son cerca de cuatro mil facetas.

Cada célula epidérmica de la hoja de una planta sería igual, en cuanto a sus funciones, a una de las facetas del ojo de la mosca, de suerte que se supone que provoca, en la planta como el insecto, la reproducción de gran número de imágenes reflejadas. "Sin duda, dice un autor, esta visión no es consciente, para la planta ni para el insecto, pero el profesor Haberlandt ha obtenido la prueba de que existe fotografiando partes minúsculas de la epidermis del limbo con un aparato combinado con el microscopio.

Este experimento, confirmado por el Dr. Nutall, de Londres, ha permitido reconocer en cada una de las células epidérmicas, imágenes muy claras de objetos expuestos a diferentes distancias, aun de personas y de casas.

Tan sorprendente como esta revelación científica que exponemos sucintamente, es otra que llega a atribuir a las plantas el sentido auditivo. Hace algún tiempo se dió la noticia de que un inventor norteamericano había hallado el medio, introduciendo pequeños clavos en el tronco de un árbol, de convertirlos en receptores de ondas hertzianas, de tal manera que fijando un alambre al árbol y mediante un aparato apropiado, era posible recibir un mensaje "sin hilos" trasmitido por el árbol. Este descubrimiento fué corroborado por un físico conocido, Sir Jagadis Bose, de Calcuta, quien afirmó que no sólo las plantas recibían las hondas hertzianas, sino que también respondían a ellas por vibraciones particulares. Es evidente que no hay ningún "mensaje", ninguna "expresión voluntaria", diríamos, en la respuesta de la planta, que no es más que una reacción a las ondas, pero esta reacción se observa sólo en las plantas vivas y más que en otras en las plantas que son particularmente sensibles a estímulos de otro género, los venenos, por ejemplo.

Estos experimentos contribuyen a confirmar la teoría de la unidad o la homogeneidad de la vida: una misma vida anima al hombre, a la planta y al mineral, y las diferencias que nos parecen enormes son sólo de grado: un grado ínfimo, apenas perceptible, en la reacción que se nota en un metal puesto en contacto con determinados venenos, y un grado muy alto, pero no acaso el más alto, en las manifestaciones intelectuales del hombre.

Costumbres macabras

La costumbre de conservar como recuerdo de los parientes muertos parte de su acdáver, es, en muchos pueblos, tan general como lo es entre nosotros conservar algún objeto que usó la persona a quien queremos recordar. Entre los antiguos sármatas, ya se estilaba guardar la parte superior de la calavera de los parientes, que se utilizaba como copa para beber.

Los negros de Guinea también conservan los cráneos de todos los difuntos de la familia, pero no les conceden ninguna utilidad práctica, sino que los meten en unos cestos o en unas vasijas especiales, y encima de la tapa colocan un idolillo para que cuide de que no se salgan las calaveras durante la noche y vayan los espíritus de los difuntos a turbar el sueño de los habitantes de la casa.

Entre los samoyedos, cuando muere un hombre, cada uno de sus hijos saca del cadáver un hueso, que lleva siempre encima a guisa de amuleto.

También es muy curiosa la costumbre que se sigue en Bantam (Java): allí se queman los huesos del muerto, y la familia guarda cuidadosamente las cenizas, que luego pintan un papel muy importante en ciertas prácticas hechiceras.

Moralidad profesional

No hace mucho tiempo un abogado cayó seriamente enfermo. Se llamó a un médico quien luego después de examinarle, dijo: "lo siento, pero puede usted llamar a otro médico".

—¿Estoy tan enfermo que necesito de otro médico?—preguntó el abogado.

—"No, pero usted es el hombre que me examinó cuando fuí llamado a dar testimonio acerca de cierto asunto. Ahora mi conciencia no me permite matarlo, pero sería un tonto si me propusiera curarlo."

La voz de la sangre

La escena representa un saloncito burgués, confortablemente amueblado. A la derecha, una chimenea en la que arde un buen fuego, una mesita sobre la que hay una lámpara cuya luz vela una pantalla discreta, una labor comenzada de lana tejida, ovillos, un diario. A la izquierda, en la penumbra, ventana con "store" de muselina, bajo grandes cortinados. Puerta en el fondo.

El marido. (Está sentado al lado de la chimenea, con las piernas extendidas y los brazos negligentemente caídos.)—Creo que esta noche soportaré bien la cena... ¿Qué hora es, querida Enriqueta?

La mujer. (Está sentada en el otro lado de la chimenea. Mira el reloj.)—Todavía no son las diez. No cantes victoria antes de haber terminado tu digestión

El marido (grave).—Tienes razón. (Toma el diario de la mesita y le da una ojeada. La mujer toma la labor y teje. Momento de silencio).

La mujer.—¿Qué hay de nuevo?

El marido.—¡Bah! Poca cosa... Nada más que literatura... Los diarios no dedican bastante espacio a las informaciones. Están llenos de cuentos para los chicos. Me parece que no saben buscar lo que interesa al suscriptor. Aunque estoy retirado de los negocios, el comercio me interesa siempre y no me explico por qué el suplemento del "Fígaro" no me da, de cuando en cuando, los detalles de una quiebra célebre... Linda cosa sus cuentos y sus fantasías. Con eso no se desarrolla el corazón. Los muchachos leen esas cosas en el café y se agitan entre ellos para comprender todas las intenciones del autor. Pero a los viejos, como yo, ¿qué les importan las intrigas de amor?... Dime, Enriqueta, ¿qué te parece si pidiéramos una taza de té?

La mujer (con sorna).—¡Y hace un momento te creías en salvo!

El marido (dejando el diario sobre la mesita).—Eso demuestra el buen sentido de aquel que dijo: "No hay que vender la piel del oso antes de matarlo..." Ese guisito de becacina no me ha sentado bien.

La mujer (sentenciosamente).—Te lo advertí. Te lo advertí. Comiste dos veces: no eres razonable. ¿Té o tilo?

El marido.—Le temo al tilo a causa de los sudores nocturnos. Y tú, ¿qué dices?

La mujer.—Prefiero el té. Vamos a hacerlo nosotros mismos. Muy claro, ¿no es cierto?

El marido.—Sí, en nuestro lindo jueguito de plata, ¿eh, viejita?

La mujer (toca el timbre).—María nos traerá el agua caliente y en seguida la mandaré acostar: desde hace días se queja de dormir poco.

El marido (encogiéndose de hombros).—Pero ¿acaso los sirvientes no se quejan de todo? Tú eres demasiado buena.

La mujer.—¿Qué quieres? ¡es tan difícil hallar un zapato que venga bien!... Tenemos a esta cocinera desde hace tres años y me quedaré con ella porque está al corriente de nuestras costumbres. Es vieja—a causa de nuestro hijo no es prudente tener una joven—y todavía no tiene ninguna enfermedad.

El marido.—Sin embargo, ayer hablaba de una pierna que se le adormecía...

La mujer.—¡Oh! tenemos tiempo... De aquí al primer reumatismo. (Se pone de pie y se dirige a buscar tazas y una bandeja de plata en un mueble de vitrina).

El marido (repantigándose en el sillón).—Este fuego me alegra el espíritu. Cuando haya tomado mi tacita de té, seré el más feliz de los mortales... Confiesa que a ti también ese guiso te pesa un poco en el estómago... ¿eh?... Estaba endiabladamente salpimentado.

La mujer (sonriendo).—Yo no he comido más que una sola vez.

El marido.—Querrás decir que soy un goloso tremendo...

La mujer (indulgente).—No tenemos becacinas a menudo y conozco tu debilidad. (La sirvienta entra por la puerta del fondo).

La sirvienta.—¿Señora?

La mujer (con tono un poco duro).—Tráiganos un poco de agua caliente y la caja de té.

El marido (con aire de importancia).—Y sobre todo que el agua hierva, pues con ese frío que hay en el corredor...

La mujer.—Sí, agua que hierva bien, María.

La sirvienta (un tanto inquieta).—¿Van a estar levantados hasta muy tarde? (Advirtiendo lo extraño de su pregunta y como disculpándose). No lo pregunto, señor, por acostarme, sino

El marido (malhumorado).—¿Sin duda para tener el placer de acompañarnos?

La mujer.—Después se irá a acostar, si quiere

La sirvienta.—Gracias, señora. (Se dirige hacia la puerta). Esta noche no tengo nada de sueño. (Sale)

El marido.—¿Qué le pasa que tiene ese aire de boquiabierta?

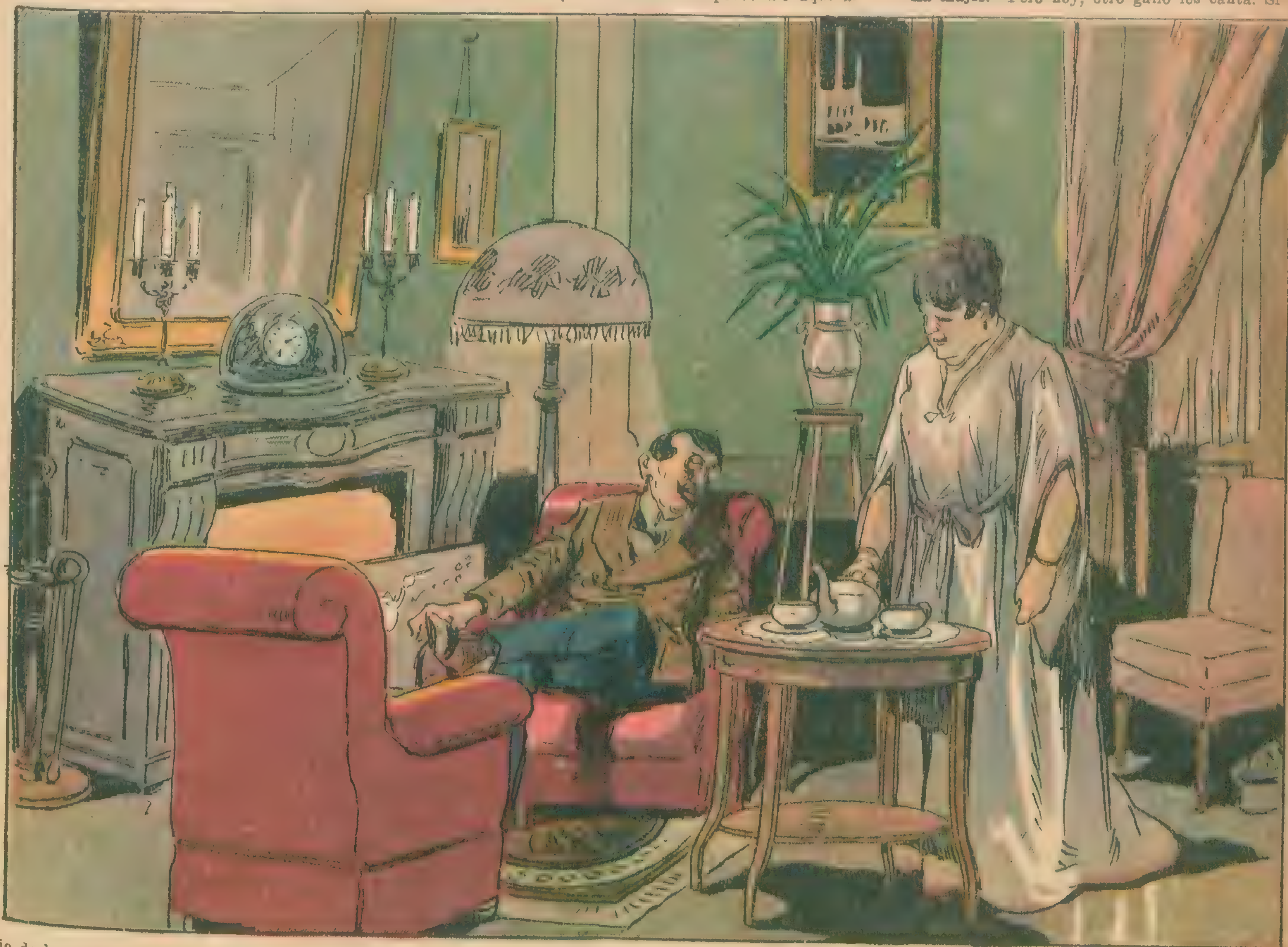
La mujer.—Probablemente estaba durmiendo apoyada en la mesa de la cocina.

El marido.—Es sorprendente hasta qué punto es torpe esta gente. Sin embargo su trabajo no es cosa que la mate.

La mujer.—¡Si una fuera a hacerles caso. Cuando yo era chica, en casa de mi madre, las sirvientas limpiaban las cacerolas de cobre durante toda la noche del sábado. Y nadie pensaba en quejarse. Y eso que se les pagaba menos.

El marido (aprobando con una señal de la cabeza).—A veces, no se les pagaba nada. Servían por fidelidad.

La mujer.—Pero hoy, otro gallo les canta. Si no son paseanderas, son rateras.



El marido.—Tatatata... Por ahí bendicen el progreso, pero yo afirmo que el progreso es el revés de la civilización. (Una pausa). Oye: ¿si le diéramos una sorpresa a nuestro hijo? ¿Si lo invitáramos?

La mujer.—No le gustaría mucho. Sin duda pretextaría que tiene dolor de cabeza. Debe de estar durmiendo. Necesita dormir mucho; creo que ese muchacho trabaja demasiado.

El marido (pensativo).—Se mata estudiando ¿Has notado que siempre tiene un aire pensativo? Es todo para adentro; no tiene nuestro carácter expansivo y jamás se sabe lo que piensa. (Imitando una voz de joven). "Sí, papá". "No, mamá", y no se le puede sacar otra cosa...

La mujer.—Los mozos tienen secretos que son niñerías. Si las contaran no interesarían a los viejos.

El marido (meditabundo).—Gastón pronto va a tener diez y ocho años... ¿Crees que no tendrá alguna amiguita?... Dicho sea entre nosotros: sería un milagro. Yo no lo espero.

La mujer.—No me ocupo de sus asuntos sentimentales. Pero si sale a mí... (una pausa) será un hombre honesto.

El marido (ingenuamente y sin sospechar la im-

pertinencia).—Y si sale a mí, no tendrá jamás ninguna gran pasión. (Entra la sirvienta trayendo una pava con agua y la caja de té).

La sirvienta.—El agua hierve, señora.

La mujer (con acritud).—¡Tenga cuidado! Va a derramar el agua en la alfombra.

La sirvienta (deja la pava junto al fuego y el té sobre la mesita).—Voy a buscar el azúcar... Como no lo habían pedido...

La mujer (con impaciencia).—¿No podía traer todo a la vez? Ahora el agua va a dejar de hervir. (Acerca la pava al fuego).

El marido.—¿Hacemos llamar a Gastón?

La sirvienta (que ha llegado casi a la puerta, hace un gesto de inquietud. Se detiene y se vuelve). —¿Señor?

La mujer (vivamente molestada).—¡Me ha hablado a mí!

El marido.—¿Hay luz en el cuarto del señor Gastón?

La sirvienta (vivamente y como asustada).—No; no, señor... Está acostado... Yo mismo oí cuando daba vuelta a la llave, como de costumbre.

La mujer (con acento tranquilo).—¿Ha llenado su cajón de leña, María?

La sirvienta (prontamente).—Sí, señora; he puesto los pedazos más grandes que encontré. (Sale).

El marido (con un suspiro de alivio).—Dejémosle dormir tranquilo... (Se acerca a la mesita mientras su mujer vierte el agua en la tetera). Muy liviano, muy liviano...

La mujer.—No tengas miedo; no tengo ganas de que nos ponga nerviosos. (Entra la sirvienta trayendo el azucarero, que deja sobre la mesita).

La sirvienta.—¿Necesitan algo más?

La mujer (secamente).—¡No! (La sirvienta sale. Un silencio).

La mujer (revolviendo el té de su taza).—Ya lo ves: Gastón tiene un espíritu positivo. Es mucho más serio desde que vive con nosotros: el colegio no es bueno para los hijos de familia... El muchacho reflexiona; sin duda se ha dicho que tendrá más plata en el bolsillo quedándose en su casa, muy juicioso, que recorriendo los cafés y los lugares de perdición... Es ahorrativo... Desde ya hace sus economías... Sueña con comprarse un juego de muebles para salita de fumar. Le daré el cuartito de trastos, junto a la pieza de lavar; se abrirá el tabique y con unas esteras chinescas, una alfombra, un pendiente y unas cortinas de cretona, me encargo de organizarle eso... Hay que permitirle ciertos caprichos para recompensarlo por su buena conducta.

El marido.—Supongo, viejita, que no pensarás en tenerlo siempre al lado de tus polleras como a un niño Jesús...

La mujer (con acento resuelto).—¿Por qué no? Si él está aquí a su gusto... (Momento de silencio. Mira el reloj). ¿Y esas becacinas, Carlos?

El marido.—Hasta ahora van bien.

La mujer.—¿Otra tacita?

El marido.—Con mucho gusto. (Ruido confuso en la calle).

La mujer (tranquilamente). — ¿Oyes? Están peleando en la calle.

El marido.—Son borrachos... ¡Estamos en carnaval!

La mujer (escuchando).—Con este frío no puede haber muchos borrachos en nuestra calle donde no pasa nadie después de las diez... Es curioso: parece que gritan en el cuarto piso.

El marido (acomodándose con beatitud en el sillón).—Sí, hace un frío terrible esta noche.

La mujer (bosteza).—¿Si fuéramos a acostarnos? (Una voz lamentable, muy débil, grita en la calle: "¡Ladrones! ¡asesinos! ¡asesinos!" El marido y la mujer se ponen de pie y se miran. Momento de silencio).

El marido.—Algunos malhechores infames...

La mujer (apiadándose).—Tal vez un crimen...

El marido. —¡No hay jamás un vigilante por aquí! (En la calle, la voz, cada vez más débil, llama: "¡Socorro, socorro!")

La mujer (acercándose a la ventana).—Debe de haber recibido una herida terrible. ¡Qué claro se le oye!

El marido (con acento doctoral).—Un fenómeno debido a la intensidad del frío...

La mujer.—Si no hiciera tanto frío, abriría para ver...

El marido (con vivacidad).—¡No faltaba más! ¡No faltaba más! ¡Abrir porque gritan en la calle!... Así son las mujeres con sus malditos caprichos... Suerte que los cuartos de las sirvientas no dan a la calle; de otra manera, veríamos a todas las mujeres asomarse alborotadas, por una riña de borrachos... Ven. Tengo sueño.

La mujer (siempre escuchando, después de una pausa).—Ya no se oye nada.

El marido (riendo).—Tu curiosidad ha sido castigada: querías un drama y te has quedado sin drama.

La mujer (deja de escuchar, aparta la mesita de la chimenea, baja la luz de la lámpara y remueve el fuego). — Siempre tengo miedo de las chispas. Espera: voy a echar sobre el fuego el agua que queda... Ya está; todo apagado... (Momento de silencio. El marido recorre el salón a grandes pasos para desperezarse las piernas. Se oye otra vez el quejido, largo y entrecortado).

El marido (meneando la cabeza).—Me causa la impresión de un verdadero asesinato... Una cuestión entre vividores de mujeres. (Mueca de disgusto). Mañana lo leeremos, ya lo verás.

La mujer (con un resto de piedad, ingenuamente). —Sin embargo, si uno quisiera... en una casa como la nuestra donde hay más de veinticinco inquilinos... saliendo todos a la vez... se podría defender a ese infeliz contra su asesino...

El marido (con un gesto burlón).—¡Eres impagable con tus ideas! ¿Te imaginas el papel que haríamos todos los hombres de la casa, saliendo en legión? ¡Sería delicioso!... (Con tono grave). No, cada uno para sí y la policía para todos... si es que no se hace la sorda. Vayamos a acostarnos. Me estoy cayendo de sueño... Ese té me ha hecho tanto bien... (Un golpazo hace estremecer las paredes).

La mujer.—Cierran la puerta de calle... El portero habrá querido saber... (Escucha).

El marido (escuchando también). — Sería raro, pues el portero que tenemos es una persona seria que no se entretiene con lo que pasa en la puerta. (Sonríe, satisfecho del equívoco).

La mujer.—Debe de ser algún inquilino que vuelve del teatro.

El marido.—La señora Sacquier o el señor Levy... Apuesto a que es el señor Levy... Nos traerá noticias del asesinato.

La mujer.—Mañana mandaré a María a oír lo que se dice en el barrio.

El marido.—Si es la señora Sacquier, será inútil preguntarle. No es de nuestra clase, ya lo sabes... y además, no sé que opinión hacerme de esa mujer, vestida siempre como una princesa de los bulevares...

La mujer (se acerca a la ventana y levanta el "store" de muselina).—¡Qué noche!... ¡Es cosa de helarse!... Las estrellas brillan tras los vidrios... Dios mío, ¡qué bien está uno aquí dentro, en un tiempo como este!

El marido.—Tanto peor para los que tienen la ocurrencia de salir a pasear. (Escucha). No... Nada... Todo ha concluído...

La mujer.—No quiero ver. Habría que abrir y asomarse. (Se estremece). ¡Muchas gracias! ¡Pescarme una bronquitis!... (Mira el reloj). Es cerca de media noche. Hemos hecho una calaverada.

El marido.—¡Lúculo en casa de Lúculo!... (Ríe bonachonamente y se frota las manos).

La mujer.—Dormiremos mejor. (La puerta del fondo se abre bruscamente y aparece la sirvienta).

La sirvienta (con los brazos en alto, el rostro desfigurado por el espanto, habla con voz desesperada): ¡Ah, señora! ¡ah, señora! (Se vuelve en seguida y avanza de espaldas hasta el centro del salón, siempre con los brazos alto, fascinada y aterrorizada a la vez por lo que ve en el hueco negro de la puerta que ha quedado abierta).

La mujer (precipitándose hacia ella). — ¿Qué? ¿Qué pasa? ¿Se ha vuelto loca?

El marido (balbuceando). — ¿Cómo? ¿Qué hay? ¿No se ha acostado todavía?

(Aparece, sostenido por el portero, el hijo, en traje de etiqueta, ambas manos crispadas sobre la pechera de la camisa. Tiene la cabeza echada hacia atrás. Está muy pálido y abre a veces la boca como para respirar. Al llegar al centro del salón, deja caer los brazos y se ve una gran mancha roja sobre la camisa).

La mujer.—¡Gastón! (Se precipita).

El marido.—¡Hijo mío! (Se queda inmóvil, presa de estupor).

(Mientras la mujer, enloquecida, hace saltar febrilmente los botones de la pechera, el joven hace un movimiento con los labios, como si quisiera hablar. En seguida inclina la cabeza sobre el pecho y se queda inerte, en brazos del portero, que lo tiende lentamente en el suelo).

La sirvienta (arrodillándose junto al cadáver). —¡Ah, señora! ¡Qué horrible desgracia!... ¡Pobre joven!... ¡Salía todas las noches y yo nunca me atreví a decírselo!...

RACHILDE.

MI MUSA Y MI CANCIÓN

Premiada en los juegos florales de Lomas de Zamora en el día de la raza

Cuando la primavera retorne, más tranquilas
han de estar nuestras almas, lucirá en tus pupilas
un misterioso encanto... Cuando la Primavera
devuelva las canciones al ave tempranera
que posa en tus portales, se calmarán mis males
y una inquietud admirable verás en los rosales.
Yo quiero que tú seas entre las flores bellas
la más sutil y blanca; que todas las estrellas
envidien a tus ojos; yo quiero que me adores
en las cuatro estaciones, pero en la de las flores,
en esa primavera que florecen los guindos
y los cielos celestes nos parecen más lindos,
cuando hay un temblor vago en las tupidas ramas
y el sol prende en las cosas su túnica de llamas,
yo quiero que tú seas la encarnación de toda
esa naturaleza que siempre está a la moda:
en invierno sin dalias, pero con la armonía
del viento; en primavera con la dulce poesía
de sus ponientes rojos; en la estación ardiente
con su sol que parece una grandiosa fuente
que pone en cada efluvio de luz fuerza escondida
cuya fuerza despierta mil gérmenes de vida...
Cuando la Primavera retorne habrá en los nidos
arrullos inauditos, auspiciosos latidos,
habrá una fuerza nueva en cada advenimiento,
y en nuestras tiernas almas un bello sentimiento,
exótico, admirable, y vendrá otra Quimera
en el carro triunfal de la gran Primavera
para encender mis versos, para dar esplendores
a tus ojos amantes, esos dos miradores
de tu espíritu inquieto que fascina y asombra
porque es antro de ensueños y es abismo de sombra.
Cuando la Primavera regrese, en tus mejillas
habrá dos rosas rosas, que son las maravillas
de tu carita pálida; volverán las canciones
a tus cálidos labios; tendrás evocaciones
en tus tranquilas horas. Cuando la Primavera
retorne con sus flores, el ave tempranera
que llama en tus portales, ha de volver, entonces
descargarán los vientos un trepidar de bronces,
una ilusión celeste habrá en mi corazón
y tú seguirás siendo mi Musa y mi canción!

Félix B. VISILLAC.

CINCUENTENARIO DE "LA PRENSA"

El día 18 del presente mes celebró el diario "La Prensa" un acontecimiento de alta trascendencia y significación en la vida periodística: nos referimos al quincuagésimo aniversario de su fundación.



Doctor José C. Paz, fundador.



Frente del primitivo edificio ocupado por "La Prensa", calle Moreno entre Bolívar y Perú, donde hoy se levanta el Colegio Nacional Central.



Señor Ezequiel Paz, actual director.

Medio siglo ha transcurrido desde que aquella modesta hoja, instalada en un humilde local de la calle Moreno, entre Perú y Bolívar, hiciera su aparición en público. Su primer número se componía de dos páginas, en formato de 50 por 56 centímetros, donde se insertaron las noticias del día, algunos sueltos sobre asuntos de actualidad y cinco avisos. Desde entonces hasta ahora, la transformación operada ha sido enorme: la modesta casa primitiva fué sustituída por fastuoso palacio; sus dos simples páginas aumentaron a más de cuarenta, en ediciones ordinarias, y aquellos míseros cinco avisos con que se iniciaran las publicaciones de pago, se han convertido hoy en más de tres mil inserciones diarias.

El éxito, pues, ha sido sorprendente, pero merecido, por cuanto ha venido a premiar en justicia una labor titánica y meritoria. Hay que reconocer lo que el desenvolvimiento institucional del país, su desarrollo económico, su cultura, su progreso y su civilización, deben a "La Prensa", desde el punto de vista de la sana influencia moral que su acción ha ejercido en la marcha de la república, durante media centuria.

Hoy, consagrada su preponderancia entre el periodismo sudamericano, y asentada sobre las sólidas bases de su potencia social y económica, "La Prensa" es una institución nacional que constituye un alto exponente de democracia y libertad, donde se reflejan los elevados destinos reservados a un gran pueblo.



El palacio que hoy ocupa "La Prensa"



Señor H. Castro Videla, subdirector



Doctor Rodolfo N. Luque, secretario de redacción.



Señor Lorenzo Bernabó, director de noticias.

Un pintor argentino

"La noche del viernes santo en Capilla del Monte", reciente producción de nuestro compatriota el pintor Molinari, muestra una forma nueva de su talento. Años de concienzuda y retirada labor habíanle permitido descollar entre los mejores en la ejecución de un motivo que trata con extraordinaria fuerza expresiva: los caballos de la calle, las pobres bestias de trabajo en cuyos cuerpos lamentables y en cuyos deformados músculos se imprime dolorosamente el largo cansancio y el esfuerzo rudo. A este motivo vulgar Molinari ha transportado, en sus aguafuertes, a la intensidad de lo patético. Por lo mismo, la nota distinta que fija en este cuadro de azulados tonos crepusculares, suavísima armonía de penumbra y silencio, revela la riqueza interpretativa de su espíritu.



La noche del viernes santo en Capilla del Monte.



"Era una noche fatigada y hosca".

No es, por cierto, una obra aislada en su reciente labor de paisajista. El Salón Nacional acaba de ver otro óleo de Molinari, que le ha ganado, entre el crecido número de concurrentes, el Premio Estímulo, otorgado por el Jurado de esa exposición.

Mas las ricas dotes de este artista tuvieron ocasión de manifestarse hace tiempo, precisamente en las aguafuertes, que son su obra más personal. Las dos que reproducimos dicen bien la manera y el temperamento del autor: fluye hondamente de sus trazos sobrios y segurísimos de técnica, una expresión insistente de fuerza cansada, de realidad difícil, sufrida, mezquina. Y aquí está la característica vigorosa de Molinari por haber dado esa expresión intensa a las cosas más vulgares, a cualquier cosa, un caballo, un muro viejo, como si en las cosas y en los seres sin alma y en la noche callada se posara la resignación de un corazón humano.



Señor Pablo C. Molinari.



Proletarios.



ACTUALIDAD EXTRANJERA



Las mayores unidades de la escuadra norteamericana han pasado por primera vez el Canal de Panamá, trasladándose del Atlántico al Pacífico. Ha quedado demostrado así el valor inmenso que tiene el canal para las operaciones de la flota de guerra. La fotografía representa el paso del acorazado "Texas" por el estrecho Gaillard.

EL RETIRO DEL GENERAL DE DIVISIÓN ROSENDO M. FRAGA

En cumplimiento de lo que disponen las ordenanzas militares, el general Rosendo M. Fraga, acaba de pasar a situación de retiro promovido al grado inmediato superior, o sea al de teniente general, jerarquía la más alta de nuestro ejército.

Lo mismo que en su carrera militar, el general Fraga ha desempeñado, en la vida civil, muy altos cargos, y en las diversas esferas de acción que se ofrecieran a sus actividades, dejó el recuerdo de una actuación pública elevada y correcta, abonada por los prestigios y respetos de una personalidad pundonorosa y caballeresca.

El general Fraga ingresó en el ejército el 3 de octubre de 1874, como ayudante mayor en el regimiento 5.º de guardias nacionales. Según indicamos anteriormente, alcanzó el más alto grado en el escalafón, y siempre se destacó como un militar culto y distinguido. Fuera de la institución armada, ocupó la presidencia de la cámara de diputados de la nación, fué jefe de policía y de la penitenciaría de la capital, y desempeñó el cargo de embajador extraordinario ante el gobierno del Uruguay.

El retiro del general Fraga ha dado ocasión para que, por parte de sus compañeros en el ejército y de numerosas personalidades del elemento civil, se le tributen varias demostraciones de simpatía y afecto.



El general Rosendo M. Fraga, en uniforme de gala, saludando al pueblo uruguayo, en una visita que, hace años, realizara a Montevideo.



El general en su mesa de trabajo.



Entrando al congreso nacional, cuando era presidente de la cámara de diputados.



Un recuerdo de su actuación parlamentaria: en compañía del doctor Benito Villanueva, saludando al ex presidente de los Estados Unidos, Mr. Teodoro Roosevelt.

El fiel amigo del niño



Pasa un gato



Dos para uno y uno para dos



Proyecto de monumento a la amistad



Te espero en la esquina

El progreso se impone

En cierta ocasión el famoso inventor Edison, llamó a su despacho a uno de sus muchos empleados y le dijo: "Deseo que calcule usted la capacidad cúbica de este foco de cristal".

El empleado se retiró un poco confundido ante el problema que se le presentaba y pasó horas enteras entregado a los más complejos cálculos matemáticos, llenando de cifras numerosos pliegos de papel. Al cabo de largo tiempo regresó a presencia de Edison, para ver si el gran descubridor ratificaba sus cálculos matemáticos.

—Veamos si está usted en lo cierto —dijo Edison—y con gran presteza taladró la delgada punta de cristal hasta dejar una pequeña abertura. Entonces tomó un vaso graduado de medidas cúbicas y empezó a vaciar agua por la hendidura. En dos minutos Edison había hecho con precisión el cálculo que a su empleado le había tomado la mayor parte del día.

Esta independencia de carácter y de criterio, que lo aparta de los viejos y rutinarios moldes, es uno de los secretos de Edison. Muchos casos semejantes presenta la historia Los generales austriacos se quejaban de que Napoleón no combatía conforme a las reglas que militarmente se tenían como precisas en aquellos tiempos y, sin embargo, Napoleón derrotó siempre a los ejércitos austriacos

La tendencia humana es siempre la de establecer reglas, programas y fórmulas, pero éstas sirven sólo para determinado objeto y generalmente su función se limita a un espacio de tiempo bastante corto. El progreso va poco a poco reformando tales reglas y programas y son los cerebros superiores los que ejercen su influencia en la evolución de la vida, ya por vastos conocimientos o ya por previsión, experiencia y deseo de encontrar lo oculto.

Los grandes hombres de negocios son precisamente aquellos que no se dejan guiar por las reglas establecidas por otros, sino que se abren paso con sus propias ideas. Se ha dicho que en un camino trillado es imposible hallar piedras preciosas, pues son muchas las plantas que pisan el suelo y muchos los ojos que lo escudriñan.

Cine



Charlie Chaplin.



David Griffith y las jóvenes Gish.—Caricatura de Kate Carew.



Wallace Mac Donald.



Gloria Swanson.



Marcia Manon.

NOTAS ROSARINAS. — Día de la Raza. — De la semana social. — Fiesta israelita



Grupo de señoritas y caballeros que tomaron parte en el cotillón bailado en el teatro Colón, el día 11 del corriente, a beneficio de la Sociedad de Beneficencia.



Niñas que asistieron a la fiesta que, celebrando su cumpleaños, ofreció a sus amiguitas la niña Beatriz L. Cabrera.



El señor cónsul de España, acompañado de las autoridades y miembros de las sociedades españolas, recorriendo el local de las romerías durante la celebración del Día de la Raza.



Momento en que el doctor Tomás Sierra, cónsul de España en Rosario, pronuncia su discurso ante los comensales que asistieron al banquete conmemorativo del 12 de octubre.



Vista parcial del banquete que se realizó en el local de las romerías españolas, con motivo de la histórica fecha.



La cabecera de la mesa, en el gran banquete de carácter popular.



Parte de la concurrencia que asistió al teatro de la Opera, donde la colectividad israelita festejó el día de "Jaom Kipur".



Placa de bronce que la víspera del Día de la Raza, fué colocada en la escuela Cristóbal Colón, de Rosario, acto que constituyó uno de los números del programa de festejos, con que en aquella ciudad se solemnizó el patriótico aniversario.

Fot. Gaspary.

Angel G. Villoldo

† en esta capital



El martes de la semana anterior, dejó de existir nuestro colaborador, señor Angel G. Villoldo, cuya desaparición ha sido hondamente lamentada. El extinto era ampliamente conocido por sus composiciones, tanto musicales como literarias, de carácter genuinamente criollo. Puede decirse que, en este género, nadie le aventajó en los tiempos actuales, circunstancia a la cual debía la gran popularidad de que gozaba.

DEMOSTRACIÓN AL SEÑOR DI NAPOLI VITA



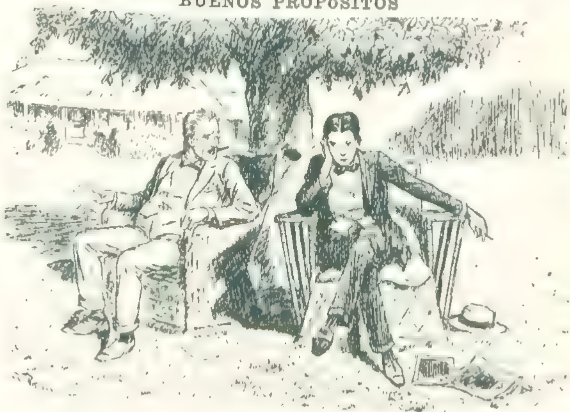
La comisión directiva del Círculo de la Prensa resolvió ofrecer una comida íntima al señor Vicente di Napoli Vita, vocal de la institución, con motivo de su viaje a Italia. El acto se realizó el miércoles de la semana anterior, en uno de los salones de dicho Círculo, y, además del obsequiado, concurrieron como comensales los señores Horacio Castro Videla, Enrique Villarreal, Rafael Manzanares, Manuel López Weigel, Pedro O. Colombo, Crispino Lauria, Carlos Macchi, Roque De Luca, Ignacio Orzali, Harry E. Golgfram, Ramón Columba, Armando Chimenti, Julio Marco, Julian de la Cal, Virgilio Vangiani, Julio Salvucci, Felipe Galante, Francisco García Beltrán, E. G Hurtado y Arias, Pedro O. Jiménez, Xenri Papillana y Miguel I. Méndez. Ofreció elocuentemente la demostración el señor Enrique Villarreal, a quien contestó el agasajado con frases de agradecimiento; y a los postres, el compositor argentino, señor Armando Chimenti, amenizó la fiesta ejecutando al piano algunas de las composiciones de que es autor.

DEL EXTREMO ORIENTE



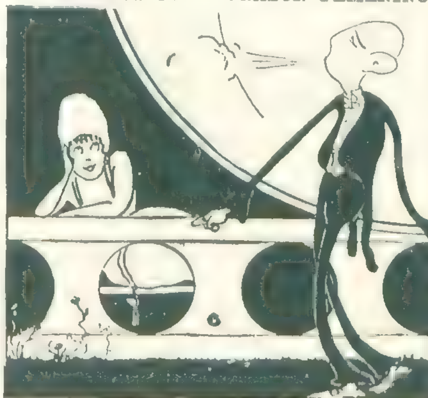
Es indudablemente errónea la idea que en el extranjero se tiene de los coreanos. La juventud de Corea se instruye en los más adelantados cursos de enseñanza profesional en establecimientos dotados de maquinaria que aun entre nosotros son poco conocidas. El edificio que reproduce la fotografía—un donativo del millonario norteamericano John Wanamaker a la Asociación Cristiana de Jóvenes coreanos—es un gran centro de cultura y deportes.

BUENOS PROPÓSITOS



—Hijo mío, es preciso que aprendas a practicar la economía.
—Tienes razón, papá. Préstame cincuenta pesos para empezar a practicarla.

MISTERIOS DEL CORAZON FEMENINO



—Sé cuanto le ha apenado la muerte de su marido, pero todo dolor trae su consuelo...
—Sí, por lo menos, ahora sé dónde pasa las noches.

POR SU DAMA



Hasta donde llega un enamorado.

EL BOSQUE DE LA PLATA

Popoff lo recorre completamente.—Von Bariga y Jesusa Galíndez lo embellecen con su presencia.—Con Mr. Plaghos.—La "Ciudad universitaria" y los niños bien: los extremos se tocan.—Popoff, profundamente conmovido.

12 m. En la estación del F. C. S.

—¿Quisieras tiner a bien indicar a yo, Samoiel Popoff, di la ridación "Fraile Mocha", trinvías qui van la "Bosques"?

—¡Oh, seó! ¿Uté é de "Fray Mocho"? ¡Tanto guto!... Venga eso cinco... Yo soy el agente en La Plata, Antonio Bracco, ¿sabe? Sí, "Linducho"... que hice una propaganda en coche y con clarín cuando salió la revita. (Dirigiéndose a su batallón de canillitas): — Muchacho, acompañen hata el Boque a don Samué, y lo eperan a la salida pa que no se pierda, ¿saben? (A Popoff):—No se vaya sin despedirse, don Popó... ¡Que se divierta!

—Istás tan galantes, que mi has confondido. Quí soierte



El Paseo. — Avenida de eucaliptus, frente al Museo.



El lago

pir mi quirida rivista tiner agientes activos. (La día si prisenta di perlas).

—¡Hola, quiridos "Fulano"! Binvinido migo mío: yo istá di rigoroso incógnito y, como vos vives La Plata tanto tiempos, si no ti moliesta, vamos visita la bosque in tu grata cumpanías...

—Muy atento, don Samuel; con el mayor placer.

—Ista pidacito la bosque yo conocía más antes qui ahora, coando vinió visitar la Moseo... ¡Mira istas árboles cortadas pir la mitá!

—Estos son los eucaliptus del zoológico, sobrevivientes del grupo que rodeaba ese ranchito de madera —chalet del director—que fueron cortados así para evitar el peligro de que aplastaran en su caída a dicho funcionario (sic), el comandante retirado Martínez. Las malas lenguas dicen que fué para hacer leña: elija usted la solución que más le agrade...

—¡Si viera don Carlos Thays!

—Ante esta vergüenza, retiraría su opinión acerca de la bella ciudad: "ciudá con much airé et beaux jardins".

—Yo liyó un artículo Sarmientos iscribió hace coma trint'anios, qui aconsiejaba cuida ista bosque. ¿Quí dirá Onelli, pinsando tiner una coliega así?

—Onelli debería suponer que no existe este zoológico, que en realidad ha pasado a ser una nueva arca de Noé: de cada especie, ha ido quedando para muestra un casal, cuando no ha sucedido como en épocas geológicas remotas: se ha extinguido la especie. Le ruego, Popoff, no lo visite, si quiere conservar una grata impresión de esta ciudad.

—¡Ah, sí! Yo istaba pinsando qui si alquileres van siguir sobiendo Boienas Arias, yo mi mudará La Plata.

—A su derecha tiene usted el lago, lo mejor del bosque; a la izquierda...

—¡La Moseo! Aquí astovió yo anio pasado con quirido migo Weinstok.

—¿Ese que los muchachos apodan "Von Bariga"? Si no me equivoco, por allá va.

Efectivamente, sobre el brillante fondo de transparente y límpida linfa del lago, se reflejan dos siluetas: delante, un hermoso ejemplar de la tierra del unto de Lugo, rosadita y risueña; a dos pasos, incorregible y robusto fauno que persigue su ninfa, y que al parecer se deshace en requiebros.

—Si no mi aquivoca, istá Jisusa Jalíndez, gobirnanta casa particular "dotor" Aragoyen.

Al aproximarnos a la confiada pareja, Popoff desliza al oído de su amigo un:—¡Qui Dios ti yuda, Bariga! Ojalá consigues una poiesto buenos... Sigue trabajitos, mira qui Jisusa tine palancas con la Hominados calie Brasil. ¡Chao!

Entre tanto hemos llegado a la gruta del lago, la cual, a pesar de su construcción a base de cemento, presenta gran atractivo. Por el piso medio, a semejanza de ventana socavada por el embate de imaginarias olas, se contempla el desborde de un torrente de fresca y pura agua que, a manera de reducida catarata, eleva a las alturas un enjambre de goticulas transformadas en her-

(Continúa después de la página infantil)

Vista del observatorio Astronómico, tomada desde la vía a Magdalena, del F. C. S.



Uno de los más poéticos alrededores del lago, antes de llegar a la gruta.



El teatro del lago.

Colaboración espontánea

Horas grises

La noche era serena, muy hermosa;
Tenues rayos de luz que se filtraban
A través de las blancas cortinillas,
Dibujaban muy raros arabescos.

Reíamos; alegres carcajadas
Sonaban en la alcoba semiobscura.

De pronto, nuestros ojos se encontraron
Con tu retrato, padrecito ausente...
Y volvió, con sus brumas insondables,
La tristeza que llena nuestras horas.

Cecilia MOGUILIANSKY PATTIS.

Soneto de primavera

Esta maravillosa tarde quieta
Cantaron los zorzales invisibles,
Y en la honda soledad de mi glorieta
Revivieron mis sueños imposibles.

Olvidé las congojas indecibles
De muchacho romántico y poeta,
Y en mi alma sonaron increíbles
Mágicas flautas de ansiedad secreta.

Es que en este tornar de Primavera
A rosas olorosa, y a mujeres
—Como divina conjunción de aromas—

He presentido vuelve la parlera
Bienquerida de todos mis quereres
A corretear de nuevo por las lomas.

Soneto

En la mañana límpida y coqueta
Vuela una anunciación de Primavera,
Y en mi balcón florido de poeta
Una alondra me dice su quimera.

Va desgranando su canción discreta
La morena zagala, por la era,
Y viene con la brisa una secreta
Esperanza del tiempo que se fuera.

Mirando al cielo azul, como tus ojos
Voyme olvidando de mis sueños rojos,
Mientras mi corazón es como una

Anfora cristalina y sonriente
Donde doy de beber a mi hosca gente
Una hebra de rayos de la luna!

Oscar Bernardo MOYANO.

Imposible

A Zenón Larralde.

Vase infiltrando una sutil garúa
entre la verde fronda del jardín...
su voz melifluamente se acentúa
al son de una sonata de Lohengrin.

Mi tétrico sentir que conceptúa
su idealidad perdida en un confín
romántico, ferviente me insinúa
continuar a solas con mi esplín.

Mientras mi corazón su hiel deslíe
sobre ese dulce corazón que ríe...
gozando en lo ficticio la existencia;

esta frase mi alma ha conmovido:
"¡Déjala ser feliz, que no ha nacido
para ti!..."—Fué la voz de mi conciencia.

Julián ALVAREZ.

Ama al prójimo...

A Alfredo García.

Se alza la humilde choza de un labriego,
en una aldea al pie de la montaña...
al linde mismo de un canal de riego
bordeando hasta su fin por la espadaña.

LA EXPERIENCIA



—Otra vez iré a ver el desfile como ustedes: en el cinematógrafo.

La ancha extensión, que con sus aguas baña,
es patrimonio de un avaro lego...
¡Quién sabe con qué argucia se dió maña
para heredar a un feligrés... un ciego!...

Mientras el lego avaro sólo piensa
en pródigas cosechas, procurando
llenar de oro el talego, con afán;

El pobre labrador, que está a su expensa,
el año entero pasa trabajando
porque a los suyos hace falta el pan.

Felipe ALVAREZ.

El soneto

Es el soneto la lira de oro
En que las brisas entonan su voz.
Vuelca en su ritmo opulento y sonoro
Todas sus gracias divinas un dios.
Febo lo llama su flauta sonora,
Baco su copa de rico metal,

EL COSTO DE LA VIDA



El trajecito del sueldo se achica con esta lluvia.
(De "Life").

Brinda deleites fragantes la aurora,
De su áurea forma en el ritmo triunfal.
Joya es de perlas, zafiros, rubíes,
Opalos nobles de eterno fulgor,
Con que del alma, las bellas huríes
Ornan la frente lilial del amor.
Sueña expresar en su forma opulenta
Mi alma sus sueños, sus ansias de sol,
La fe tenaz que sus pasos alienta
Y es de esas ansias, divinas, crisol.

E. B. PEREZ.

Lazo de amor

Dedicado a la Srta. Roqueta Sardi, el día de su boda.

Con perfumadas rimas que llegue a ti mi canto,
Hoy día esplendoroso de tu feliz unión,
Y en el esparcimiento del tierno lazo santo,
Se mezcle al conmovido latir del corazón.

Al soplo de la dicha despéjase tu frente,
Tu frente nacarina con ramos de azahar,
Con expansión tu pecho palpita dulcemente...
Formado está de amores el trono de tu hogar.

Brindarte por primicia, Roqueta, yo quisiera,
Un verso zafirino con tonos de arrebol,
Las flores más hermosas que ostenta primavera,
Con cintas de manojos de rayos de su sol.

Del Plata los murmurios, armónicos, sonoros,
El susurrar discreto de brisa en la arboleda,
De alegres pajarillos los deleitosos coros,
De deliciosas horas interminable rueda.

Poner dentro de un vaso de un arte prodigioso,
Manojos, rimas, flores, arpegios, susurrar
Con todo un amuleto formar tan poderoso
Que aleje para siempre las nubes de pesar.

En su rodar el tiempo ¡qué bella recompensa!
Dará a retoños tiernos tu afecto maternal...
Tener un pequeñuelo, ¡qué dicha tan inmensa!
Mecerlo en el regazo, ¡qué goce celestial!

En tanto con pupilas radiantes de alegrías,
Tu esposo te contemple cual reina de bondad,
Cual joya inapreciable de fina pedrería,
Cual flor maravillosa de ideal suntuosidad.

Teófilo C. CHIESA.

Bosquejos

SINCERIDAD

Huele los efluvios sacros de violetas
y hálitos ingenuos de mi ensoñación;
siente las endechas de aquellos poetas
que gimiendo moran con el corazón

borracho de penas, en aquesta vida
do preludia el arpa de la decepción,
donde existe el alma mustia, dolorida,
por la aciaga pena de la inspiración.

Siente aquesta estrofa pálida y serena
que sin ser poeta de hirsuta melena,
de chambergo negro, como mi dolor,

sé pulsar la lira con ansias febriles,
sé cortar las rosas de aquellos pensiles
dorados de sueño por mi triste amor.

CONTEMPLANDO A UN POETA

Allá va un demente con su rostro escuálido,
con el llanto impreso junto al corazón.
Allá va un bohemio con su rostro pálido
contemplando siempre su desolación.

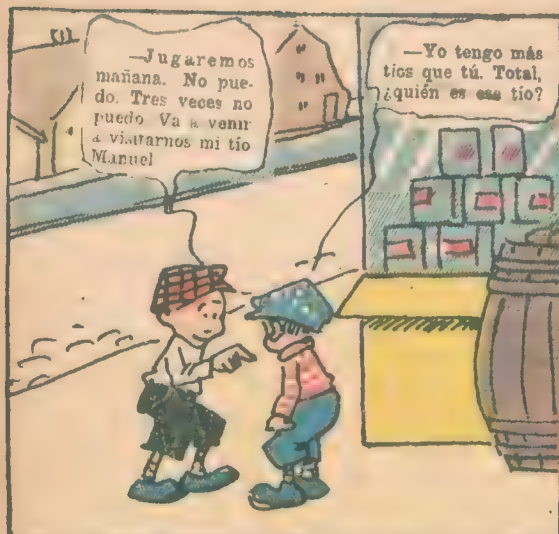
Allá va un poeta a su ideal soñado
platicando a solas con su soledad,
con las cuerdas rotas, del laúd bañado
por tenues recuerdos de remota edad.

Solo va buscando la quietud del mundo,
a forjar un verso de lo más profundo
de su alma casta, de su ingenuo amor,

a rezar, ferviente, la oración sagrada
en un cementerio do duerme la amada
que le inspira penas, ¡Madre del dolor!

H. E. CALDERON FERREIRA.

PAGINA INFANTIL. — Aventuras de Pipirí

























(Continuación de EL BOSQUE DE LA PLATA)

mosa niebla, en la cual los áureos rayos del sol primaveral se quiebran en majestuosos arco-iris que una delicada brisa invita a la danza. Y allá al fondo de ese mar ilimitado (porque la ventana sólo deja ver agua), más lejos de lo real, la imaginación forja arrojados marinos a unos buenos horteras en tren de diversión... Así también en la vida, la niebla de la fantasía nos construye luminosos castillos, que luego el más leve soplo del viento de la decepción borra, produciendo igual efecto que un telón magnífico que se desplomase en el período culminante de una escena grandiosa, para dejar a la vista un oscuro y desmantelado escenario.

—Soblime, quirido migo míos...

—Venga, querido Popoff, alternemos lo amable con lo ingrato: ¿observa ese pedestal de mármol verde, casi perdido entre la lozanía de esas coquetas?

—Pariece pir coloca un'astatoa.

—Podría colocarse la de Atila, del Kaiser, o de cualquier bárbaro de esos...

—¿Quisieras tiner bondad asplicarte claramiente?

—Bueno. Sobre ese pedestal se elevaba tímidamente una esmerada reproducción de la Venus de Médicis, grandiosa en su esbeltez por la armonía de las líneas. Sus suaves, transparentes manos sufrieron casi desde el mismo día en que fuera colocada, el ensañamiento de un vil niño bien, más vil por el hecho de poseer apellido ilustre, y por llevar a cuestas la pesada oquedad de 35 años, amén de mala ortografía, pésima caligrafía y léxico chabacano, que son todas cualidades honrosas dentro de este gremio de descentrados, de bestiales, chuscas caricaturas de hombres civilizados. Este niño bien, obsesionado por torpes ideas pornográficas (como en todos los actos de su vida) no pudo realizar todo su plan: consiguió sólo romper un dedo de la Venus. Esa fué la señal de partida. El pobre mármol, de cuyo original se sabe fué hallado en trece fragmentos, pareció continuar el camino de la desgracia de aquél; cada día más ultrajado: cuatro dedos fueron cayendo uno a uno; luego vino la mutilación de los angelitos que adornan su pedestal, hasta que, una mañana de mayo, bajo el frío glacial de una gran escarcha, los alumnos del Museo la hallaron en el suelo, con un brazo quebrado y varios desperfectos tan graves, que impidieron repararla y volverla a su lugar: la historia no se repite, estimado Popoff, porque en este caso no será posible reconstruir la obra.



Popoff acompaña a Mr. Plaghos en un pequeño paseíto (2 horas largas), gozando de su "amena" lata, hasta que se convence de que el viejo no habla más que de pavadas. (—Ista viejo mi tine istufos. Si sigue diez minutos más, li rompo piensadora con ista garote di moscatiel rosados.)

—¡Quié patética miserabilidá! ¿Y la polecía no astobió pir agarar iconoclastas la artes plásticas?

—La policía que, por rara casualidad, los tomó presos, se contentó con soltar en seguida a los salvajes, sin anotar siquiera sus nombres y al contrario, con excusas del comisario y café para los vigilantes.

Prosiguiendo nuestro paseo, nos encontramos con un viejito alto, de ojillos picarescos, pintorescamente trajeado, con un saco... y medio; se dirige resueltamente a nosotros. Felizmente, esta vez la víctima es Popoff: se ha topado nada menos que con Georges Plaghos, un griego tan popular como Isidoro Callorda Campos (sensible barómetro platense que combate a Martín Gil desde las columnas de "El Argentino").

—¡Oh, mesié Popoff! Je vú felicit parce que vús'étes de "Fray Mochó". Je ví votr retrat hace poc tiemp. Prené cet tarjet con ma dirección: call caranta och... etcétera.

—Gracias, Georges Plaghos. ¿Quí dice dibajo nombre di vos: "Tradutor y intérprete idiomas 'istranjeros". ¿Vos hablas moscovitas?

—No, mesié Popoff, je está griego, hablando francés... ¿Parlez vous en français?

Y comienza su discurso amolador, que ya sabe media ciudad de memoria: "Su hij está la taquigraf dans le Senat de Cordobá; su hijita única está profesora de violín.... Je vos invita le escuchar en concient dará pront en ma casa; je vus felicit si vosotros vienen..."

Este buen viejo, prôtotipo del Chilón Chilonidas, de que nos habla Sienkiewicz en su inmortal "Quo vadis?", consigue lo que se propone, por medio de su sonrisita y su insistencia majadera: de este modo es empleado en el Departamento de Policía desde hace diez años, yendo solamente a cobrar: ese día sirve de diversión a los demás empleados, accediendo sin hacerse rogar cuando se le pide que baile: comienza a las zancadas, cantando a la vez:

Carollina, Carollina...

Es un caso interesante de monomanía de la amistad: pretende conocer a todo el mundo; canjea cientos de tarjetas por día y lleva anotados los nombres y direcciones de sus "amigos". Por eso no es extraño verle descubrirse cortésmente ante un señor de campanillas a quien acompañe su hija—por ejemplo—exclamando:

—¡Bon suar, Messié Tal! Je vú felicit (él felicita por cualquier motivo) pur la llinda hijita.

El buen Popoff soporta resignado una lata de dos horas, hasta que por fin Plaghos lo deja en paz.

—¡Quié viejo macaniador; coienta cada goayabas!...

Hemos llegado al fondo del paseo de eucaliptus, donde estuvo ubicada la casa de los gobernadores, hasta el período del general Arias.

—Tamién in ciodá tan jovincitas ya tienen historia antigoa. Mi pariece mal voltiar ricoierdos históricos pir libra la públicos más jardiniría, coando no sabe rispeta ne medios.

En los alrededores, el ejército provincial de Ugarte, reforzado con varios miles de plazas por la Kausa en el presupuesto de este año, efectúa maniobras de alta estrategia, convirtiendo el panorama en un verdadero Argonne.

Remontamos la avenida de los jarrones hasta la vía a Magdalena para ver el Observatorio Astronómico. Paisaje sobre paisaje. No hay un rincón de este bosque que no provoque una nueva sensación de poesía. Ríos de esmeralda líquida parecen haber cuajado sobre toda la extensión que la vista abarca, contrastando con el brillo de una nube de polvo que un tren a su paso levanta, pareciéndonos, por influencia de la emoción que nos embarga, transformada en fino polvo de oro elevándose al infinito.

Popoff no desea terminar el paseo viendo una partida de tennis en la cancha de Estudiantes. Manifiesta deseos de descansar. En realidad oculta el contagio que le ha producido la apacible calma de la tarde, que muere lenta y gradualmente. El cielo, cubierto por casi imperceptibles nubes, comienza a pasar por toda la gama del espectro solar: ahora se torna pálidamente rosado; luego rojizo, violáceo, hasta que el gris triunfa en definitiva.

Iniciamos la vuelta silenciosos. El semblante de Popoff semeja un biógrafo sensibilizado, que va traduciendo, materializando en gestos de placer y de simpatía, estados de alma evocados calurosamente. El no se da cuenta, tal vez, de que así nos lo revela.

Es la hora de las sombras; faltan breves instantes para que el encanto quede roto con la aparición de la luz en los focos: por eso semejan tiernas amantes que nos tendieran sus brazos tentaculares, como para retenernos en su poder un ra-

La Cirugía vencida por la Medicina

Contrariamente a la creencia general de que la cirugía vence siempre a la medicina, podemos citar un caso contrario en que ésta ha vencido a aquélla.

Bien sabido es que, hasta la fecha, sólo se curaban las hemorroides con la operación de ellas. Dicha operación comportaba la previa dilatación del ano, dolorosísimo momento que exige la anestesia para su realización y trae a veces tras sí el peligro de un síncope mortal. Tras ella, la prehensión, sección de las hemorroides y su cauterización con el termocauterio. Todo esto obligaba al enfermo a una larga estada en cama y a dieta sin contar los sufrimientos post operatorios.

Hoy se han eliminado todos estos sufrimientos y las hemorroides se curan sin operación, pudiendo el portador de ellas seguir atendiendo sus obligaciones, merced a una cura simple medicamentosa.

El Noridal, que así se llama el nuevo remedio, es quien obra este verdadero prodigio.

A las primeras aplicaciones ya se nota el alivio, para llegar a la perfecta curación en poco tiempo más. Las hemorroides van disminuyendo de tamaño día por día y desaparecen los dolores hasta llegar un momento en que se observa la mucosa en su aspecto normal, sin nuevas recidivas de la enfermedad.

El Noridal es envasado en pomos terminados en una cánula cónica con orificios laterales para la perfecta distribución del medicamento, evitándose así el uso de pomadas aplicadas con los dedos, no siempre en buenas condiciones higiénicas y que, además, hacía doloroso el tratamiento.

Cada pomo lleva anotado en uno de sus lados la dosis de Noridal a usar en la aplicación, que debe hacerse dos veces por día. El precio de este medicamento es muy bajo, máxime si se tiene en cuenta el resultado final, y se vende en todas las farmacias. ¡El Noridal siempre vence las hemorroides!

Aprobado por el Departamento Nacional de Higiene, Certificado 8358.

Precio de venta: $ 3.50 el pomo

Unicos concesionarios: MENDEL y Cía. Bolívar, 879. Buenos Aires.

La toilette íntima

Podemos afirmar que casi todas las señoras padecen de sus vías genitales y, más aún, que en la gran mayoría, su enfermedad consiste en la existencia de flujos blancos abundantes.

Dichas secreciones, además de ser molestas por su cantidad, actúan sobre la piel irritándola, produciendo gran escozor y hasta la formación de placas de eczemas muy rebeldes a todo tratamiento médico.

El temor al examen ginecológico les impide consultar su médico en procura de alivio, ignorando que con un procedimiento sencillo y puramente higiénico, cortan de raíz la causa de sus sufrimientos.

Consiste simplemente en el hábito de la toilette íntima, capaz de impedir la iniciación de otros procesos flojísticos de mayor gravedad. Y, en efecto, el resultado de los lavajes vaginales con Lysoform, demostrado por los más eminentes ginecólogos del mundo, es inmejorable.

¿Por qué, pues, sufrir?

Una o dos veces por día, según el estado, hagamos irrigaciones vaginales calientes con una solución al 1 o 2 por ciento de Lysoform en cantidad de dos litros de agua, y se verá a corto plazo disminuir el dolor, el prurito y la cantidad de flujo, volviendo en poco tiempo a su primitivo estado de salud con esta sencilla y necesaria costumbre.

¡Cuántos males, llamados nerviosos, se originan en las vías genitales!

Evítelos usted previniendo que ellas enfermen. Cada frasco de Lysoform que usted encontrará en cualquier farmacia, le indica la cantidad que debe usar para preparar la solución.

Lysoform se vende en todas las farmacias.

tito más, estrechándose más fuertemente cada vez...

La luz se hace, y Popoff vuelve súbitamente a la realidad:

—Ahora sí, tomaremos trinvías... Yo istaba hicho una románticos: piensaba lo mismo qui mi quirida patria adotivas, in la Rusia di antes, qui yo dieja diez anios atrás... ¡Ah! Gogol: tu "Noche di Ukranias" mi hace mal cada vez qui mi acoierda di vos. Ista noche mi pariece aquelia y yo huye pir no sofrir penas la alma, qu'istán las qui mi matan in vidas...

Popoff, intensamente emocionado, se despide haciendo constar que lleva una impresión imborrable de esta tarde tan íntimamente vivida en contacto con la naturaleza, terminando al partir el tren con un:

—¡Hura la dotor Dardo Rochas qui fondó la "Vilia Lumiere" di la Arjintinas!

Milord ARTICO.

Fot. Colaneri. Dib. del autor.

Dientes de papel

Los dentistas daneses usan mucho los dientes de papel. Estos dientes han resultado muy apropiados para su destino, pues no se rompen fácilmente ni se astillan, siendo además muy baratos. Tampoco son sensibles a las variaciones de la temperatura y a la humedad de la boca.

Justiniano POSSE.

"Nitshevo"

Es la palabra de consuelo y de conformidad del pueblo moscovita, es el "¡No importa!" de los españoles.

En cierta ocasión iba Bismark a una cacería de osos por una senda montañosa, y el "moujik" que guiaba obligaba a los caballos a correr con tal velocidad, que casi iban a hacer añicos el trineo.

—Tenga cuidado—le dijo el conde de Bismark.—Nos va usted a matar.

El moujik se encogió de hombres y respondió:

—"Nitshevo".

El trineo no corría, volaba con mayor velocidad que antes.

—Si no tiene usted más cuidado—gritó Bismark, temiendo por su vida—me voy a caer del trineo.

—"Nitshevo"—respondió el ruso.

A los pocos momentos, tropezó un caballo con una roca, el trineo dió un salto y todos fueron a caer en una profunda zanja.

Bismark se levantó ensangrentado, lleno de arañazos, y encolerizado se dirigió al moujik con ánimo de darle una paliza por su testarudez, pero éste le salió al encuentro sonriendo, y mientras enjugaba la sangre que le caía a Bismark por la cabeza, dijo con mucha dulzura:

—"Nitshevo", Barin".

Bismark no pudo menos de echarse a reir al ver la tranquilidad del moujik, considerando aquel incidente como una de las características del carácter ruso, y mandó hacer un anillo con un pedazo de metal del trineo roto, adoptando la palabra "Nitshevo" por talismán mientras estuvo en Rusia.

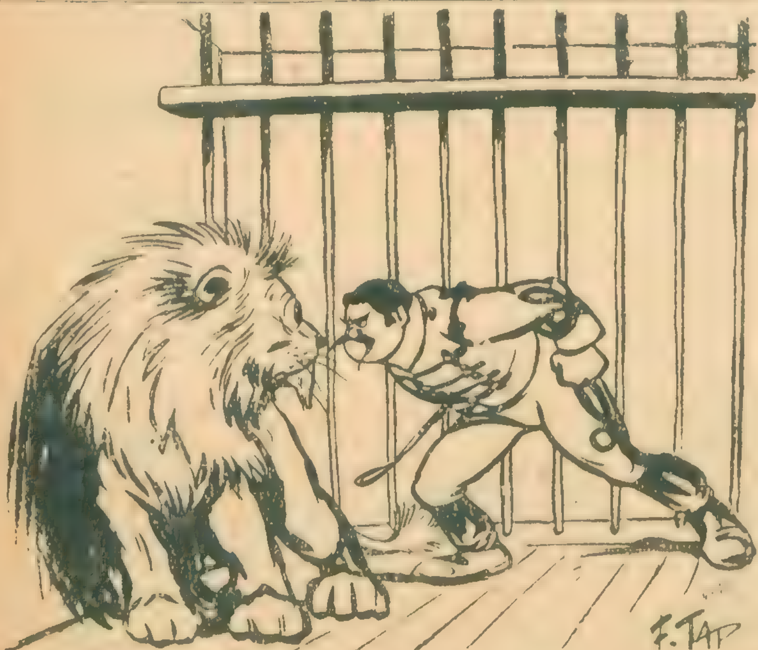
Dr. FEIMANN.

La piedra artificial

La piedra artificial, fabricada, como se sabe, por una mezcla de cemento y fragmentos de cualquier materia dura, tiene reservadas cada vez mayor número de aplicaciones. Ultimamente se la ha utilizado en la construcción de barcos y hay el propósito de emplearla en la edificación de millares de casas para obreros que se construirán en Inglaterra. Muchos creen que se trata de un invento nuevo, pero el profesor inglés Middleton afirma que se la conoce desde 500 años antes de la era cristiana. En Egipto se ha hallado vestigios de ella y los ingenieros norteamericanos creen que la parte superior de las pirámides ha sido construída con materiales semejantes a la piedra artificial actual, porque los egipcios no poseían medios mecánicos capaces de llevar a tanta altura grandes moles de piedra natural. Si es así, los egipcios conocían algún cemento muy fuerte y algún medio mecánico para triturar los trozos de granito.

Parece que también en muchas regiones de Europa se ha empleado la piedra artificial desde los tiempos más remotos. En 1485, un arquitecto italiano, Alberti, escribía: "He observado que en otras localidades, los antiguos, maravillosamente hábiles en erigir grandes construcciones, seguían métodos diversos para llenar los cimientos. En el sepulcro de San Antonio los llenaron con pequeños pedazos de piedra durísima, no más grandes que un puño, sobre los cuales debieron verter una especie de mezcla perfectamente adherente. Podría citar otros cimientos y hasta edificios enteros, hechos con guijo y piedras comunes, los cuales han resistido durante siglos." La gran cúpula del Panteón, construída por Agripa en el año 27 antes de Cristo, que mide 42 metros de diámetro y una cúpula situada en el centro, de unos 11 metros de diámetro, consta esencialmente de piedra artificial. El arquitecto Palladio, escribía en 1570: "En tiempos antiguos se construía los diques poniendo dos tablas verticales, regulando su distancia según el espesor que se deseaba dar al muro y llenando el espacio que quedaba en medio con cemento y pequeñas piedras de diversa clase, mezclados juntos." Es, como se ve, el mismo sistema adoptado en nuestros días. Los romanos introdujeron en Inglaterra el uso de la piedra artificial, como lo demuestran los restos de muros que circundan a la ciudad de York, y los normandos imitaron su ejemplo, según se ve por los muros de la torre del castillo de Rochester y otras construcciones antiguas.

EL HOMBRE. (NO ES EL DE OYHANARTE)



El leon ¡Qué animal! ¡Es capaz de darme un zarpazo!

EL MEJOR CAMINO

A Enrique Montalván, que se había forjado un concepto elevado de la virtud de la mujer y en particular de Josefina, su esposa, un día, un mal amigo, hizo naufragar el bajel de su optimismo, labrándole un gran dolor. Creyendo hacerle un gran bien, pero, haciéndole en conciencia un gran mal, Alvaro Miranda, confidencial y correcto, dijo a Enrique:

—Tu mujer te engaña. Vigílala y luego obra como te convenga.

Estas palabras produjeron a Enrique su más vivo dolor. ¿Era posible que Josefina, aquella almita de Dios, a la que se había unido con el más noble orgullo, le traicionase? Rebelde a las palabras de su amigo y enamorado ciegamente de su mujer, se resistió a creerlo. ¿No sería que, sabedor Alvaro de sus teorías, quería ponerlo a prueba? ¿No sería—más positivo aún—una calumnia? Sí; él debió cruzarle el rostro por infame, pero no lo hizo. No tuvo valor primero, luego, él no estaba seguro de que ciertamente se trataba de una calumnia.

A ser Enrique Montalván un hombre impulsivo, uno de esos hombres que se dejan guiar por la primera emoción, hubiese corrido a su hogar y hubiese ahogado a su mujer; pero él, por desgracia—así se lo suponía—era de un temperamento sereno; no obraba jamás bajo la influencia de las circunstancias sino bajo la base de los más profundos razonamientos. Por ese motivo, sabedor de tan amarga nueva, supo conservar la serenidad hasta que —confirmada aquella revelación—pudiese obrar de acuerdo a sus sentimientos. Espió a su mujer, indagó en secreto, y el fruto de sus afanes fué la amarga evidencia. Su mujer le engañaba, le engañaba villanamente, burlando sus teorías y su confianza... ¡Aquella mujer merecía un castigo!... Su condición de hombre de honor lo exigía... pero, ¿cuál podría ser el castigo? ¿Arrojarla a la calle? No, era un recurso muy pobre, acaso ella lo desearía; no, no; algo más grande, más amargo debía imponerle... ¿Y qué sería ello?

Recordó Enrique que—a estar a lo que siempre había oído decir, y más aún, a lo que ocurría en el curso de las novelas, en casos semejantes — debía matarla... Amasada esta idea en su cerebro la halló por fin muy de acuerdo con sus principios: debía matarla. Y una noche, de regreso del café, hallando a su mujer acostada, acaso dulcemente dormida, tuvo un loco deseo de matarla, de vengarse... Desnudó su revólver y le apuntó a las sienes... pero no se atrevió a hacer jugar el gatillo... ¡Se sentía un cobarde!... Guardó entonces el revólver y sentándose en el borde de la cama, apoyada en las manos la cabeza, se puso a meditar:

—¡Matarla! En primer lugar, no tengo valor; en segundo lugar, su muerte no vengaría mi honor, ya que la justicia me condenaría... Mayor sería mi responsabilidad por el hecho de haberla matado a sangre fría, en la completa disposición de mis sentidos. No, no; este no es el verdadero camino... ¡Si por lo menos estuviera ebrio... ¡Claro! Mi estado sería un gran atenuante, y unido éste a mi ''deber'' de castigarla, quizás no se me podría juzgar...

Acostóse Enrique al lado de su mujer y tras mucho desearlo consiguió dormirse. Su sueño, a pesar de todo, fué tranquilo. Cuando se despertó—a la mañana siguiente—no pudo menos que alegrarse. Se hallaba satisfecho, descansado, casi alegre...

—Si en lugar de tomar este camino, —se dijo—la hubiese matado, no hubiese pasado una noche tan agradable, tan tranquila; pero, suponiendo que— a pesar de todo — la hubiese pasado, tendría hoy un gran remordimiento, un gran peso en la conciencia...

Esa misma mañana procuró encontrarse con Alvaro. Cuando lo hubo logrado, le interrogó:

—Dime la verdad, Alvaro. ¿Alguien más que tú sabe éste secreto?

—Nadie, te lo juro.

—Dime otra cosa. ¿Quién es ''él''?

—Luis Peñaflor... Pero Peñaflor ya no existe... ¿No te has enterado? Peñaflor amaneció muerto en el lecho esta mañana... Rodea tanto misterio a esta muerte que es posible no llegue a esclarecerla la policía...

Enrique, entonces, sintió que le quitaban un gran peso de sobre el corazón... La Providencia seguramente le había vengado... Acaso su mujer no era todo lo culpable que él la creía de su infidelidad, y sin dar gracias a Alvaro por la grata nueva, loco de satisfacción, alegre como un niño, corrió a su hogar para decirle a Josefina, aparentando a sus ojos una gran pesadumbre:

—Estoy muy apenado, Josefina... A Luis Peñaflor—ese amigo mío—le han matado... No se sabe cómo ha sido; no se sabrá jamás, seguramente...

Y como viera en el rostro de ella un gesto de felicidad, porque acaso, Josefina le deseaba la muerte a aquel hombre, del que, por su condición, debió ser una esclava, Enrique continuó:

—De cualquier modo, quienquiera que haya sido el matador, Luis debía morir como un perro... Esto se lo pronosticaron no hace muchos días...

Y entonces Josefina—más radiante aún de felicidad—suspiró, como si en el suspiro quisiera dejar escapar de su conciencia todo el remordimiento de sus faltas...

—Dios te ha salvado, Enrique—musitó—porque ese alguien que le ha matado ha querido evitar que fueras tú...

—¿Por qué?

—¡Porque Luis Peñaflor... te odiaba a muerte!

José M. BRAÑA.

EN TELA NEGRA



—Un inconveniente, amigo mío: no tengo más que hilo blanco.

"Los niños bien"

Este es el título de la novela picaresca que Vicente A. Salaverri, el prestigioso y fecundo escritor uruguayo, acaba de dar a publicidad.

En una advertencia que, a manera de prólogo, contiene el citado libro, dice su autor: "Esta obra fué escrita para integrar una trilogía novelesca, presentando aspectos de la vida montevideana. Quise reflejar en ella algo cómico y corrosivo: el ambiente de ''los niños bien'', esos jovencitos vácuos e inútiles que componen su indumento, no guiándose por los figurines, sino atenidos a las caricaturas de los figurines que se hacen en Londres. Como todo libro que refleja la vida, este mío ha resultado cruel''.

''No sé fantasear. Mi literatura es fruto de la observación y no escribo cuando me asaltan dudas sobre lo que he visto. El que se crea trasuntado en esta novela, suavice sus defectos para despistar, y no me venga exigiendo explicaciones, porque yo digo lo que Larra: ''¡Señores, que no hago retratos personales, que no critico a uno, que critico a todos!''

Con lo transcripto, basta para comprender que el libro que nos ocupa, donde se advierte la maestría literaria del autor, contiene una sátira despiadada, pero higiénica que, seguramente, ha de levantar no poca roncha y que, en definitiva, consolidará el éxito de la obra.

"La República"

Como ''homenaje a la raza, al actual gobierno de la nación y al pueblo argentino'', según expresa, nuestro colega ''La República'', ha lanzado a circulación un número extraordinario de 70 páginas, repleto de interesante material gráfico y literario y conteniendo abundante información referente a la obra realizada por el Poder Ejecutivo en sus tres primeros años de gobierno.

La edición a que nos referimos constituye un verdadero esfuerzo gráfico que patentiza los progresos realizados por el difundido colega matutino, quien ha logrado captarse las simpatías del público y ocupar un lugar avanzado en las filas de nuestra prensa diaria.

Notas femeninas





Septiembre, octubre, concluyen por no tener nada más que el encanto de sus nombres armoniosos. Es verdad que existen brotes en los árboles, flores de primavera en los jardines, se alargan los días, pero tantas bellezas se ven echadas a perder por tantas horas tristes de una fantástica y lunática primavera lluviosa.

Pero no importa que llueva, ni que baje el termómetro: eso no impide que nazcan preciosas novedades primaverales. La moda se parece en eso a la naturaleza, que afronta y desafía los caprichos de la temperatura para salir victoriosa.

Es de sentirse por tantas bellezas, que nos parecerían aún más bonitas con el concurso de un rayo de sol. La moda no se preocupa lo más minimun para saber si las estaciones son inclementes. Peor para nosotras si estamos ateridas con los brazos desnudos y con las toilettes de flexibles taffetas o ligeras sargas bajo las cuales el cuerpo va vestido lo indispensable para poder decir que una va vestida. Es una gran verdad cuando se dice que una linda mujer no tiene nunca frío, sorprendiéndose ella misma de hacer frente a los cambios tan bruscos de esta primavera con tan poco abrigo encima y de salir indemne. Por ello hay que creer que existe un Dios protector para las mujeres esclavas de la moda.

Los sombreros de paja hacen tristes figuras con estos tiempos de frío y cuando el sol se haya decidido a lucirse y hacer necesarios los sombreros ligeros, será más que probable que para entonces el furor de la paja habrá pasado... y tendremos que esperar otra oportunidad.

Además, para ser justa, os debo avisar que cada año la moda de la paja va cambiando y se prefiere emplear para los sombreros efímeras fantasías, y, más que nunca, el satín negro, cuya flexibilidad permite a las modistas agotar todos los recursos de sus fértiles imaginaciones y la habilidad de sus dedos de hadas.

Las pajas actuales y las que veremos para este verano, queridas lectoras mías, no tienen nada de común con el tagal o el paillasson que no podrían gustarnos más, ni con las pajas a picots que tenían una admirable finura. Son en fin unas pajas brillantes y cortadas, menudas, superpuestas sobre los sombreros, algo parecido a los techos de los ranchos. El conjunto es ligero y brioso, como si fueron copos de seda floche.

No debo dejar pasar la oportunidad sin hablaros de los turbantes que más que nunca son de moda. Se les recubre materialmente con esa paja de seda floche en topos fuertes, son lindos y graciosos.

Segura estoy de que váis a preguntarme cuáles serán las formas que se usarán. Pero verdad es que no sabré a punto fijo deciros cuáles serán, pues son tan variadas que no sabría describiroslas. La forma que al principio hizo su aparición bajo el nombre de Pamela, ha perdido su prestigio y en cambio los que se levantan graciosamente a un costado, ni muy grandes ni muy chicos, gozarán de gran favor. Sus alas serán adornadas con hebras de paraíso o de aigrettes.

No os hablaré de la pluma de avestruz, que casi se hace intolerable por vérsela en todos los adornos, tanto en los vestidos, como en los abrigos y sombreros. Y para colmo empiezan a hacer su aparición las plumas de gallo, moda lanzada por un gran modisto de renombre universal, y que todas las elegantes coquetas se han apresurado en adoptar. Prontito, queridas lectoras, vamos a transformarnos en bersaglieres!



Pero dejemos a un lado el capítulo de los sombreros, y veamos un poco los trajes-camisas tan queridos por todas nosotras, tanto las gruesas como las delgadas.

Para las niñas jovencitas no es siempre posible hacérselos llevar, porque resultan demasiado ingratos a sus jóvenes cuerpos un tanto delgados. Pero hay un recurso para conciliar la gracia con la elegancia, merced a la falda plegada, que es muy sentadora por sus movimientos ondulosos. En esta página encontraréis un modelo que os llamará la atención por lo elegante que es. Nuestro modelo es destinado para una niña y está hecho con una fina sarga de color bleu viejo, con unos grupos de pliegues a cada costado del delantero.

La trasera blusa ligeramente sobre un grueso gansé que hace cinturón. Dos pequeños bolsillos en los delanteros del cinturón, terminan con una borlita de seda o de lana. El escote va adornado con un pequeño cuellito de organdi blanco: las mangas son cortas. Los dos primeros modelos empezando por la izquierda son también para niñas jovencitas. El primero es de fina lana, adornado con gansés tono sobre tono y terminando con un botón bola. Ancho cinturón drapeado, que pasa por dos grandes ojales ribeteados, y se anuda atrás. Tiene las mangas cortas y escote redondo.



El modelo siguiente es en crêpe Georgette, siendo su hechura de camisita. La falda va adornada con pliegues vainillados. A la altura del talle lleva el traje, todo alrededor, una hilera de ojales por donde va pasada una cinta número doce, de terciopelo negro, que se anuda originalmente a los costados.

Tenemos un bonito modelo de saco para sport, en jersey de seda liso y pequinado. El delantero se abre sobre un gilet cuyas rayas van al través. El cuello y revés son también pequinados.

El traje sastre que vemos más abajo, se compone de un traje enterizo y de una chaqueta, siendo el género de los de moda, a rayas. Su único adorno consiste en el mismo tejido colocado en forma de bandas, con las rayas atravesadas que terminan con botones carozo. El cuello y solapas del saco y los puños y cuello chal del traje son en organdi blanco a picots.

A. de DAUMONT.





¿Quién inventó la polka?

Nuestros padres y aún nuestros hermanos mayores, recuerdan con íntimo deleite los tiempos en que se bailaba la polka, tiempos que estos nuestros de "schotis" y "fox-tros" han hecho olvidar. Sin embargo, nos aseguran que la polka era un baile muy bonito. Y sobre su origen se ha escrito no poco.

Según unos, allá por el año 1831, una linda campesina de Elbeteinitz, (Bohemia), bailó una danza de su invención en cierta fiesta celebrada un domingo por la tarde, acompañándose con una tonadilla sacada también de su cabeza. El maestro de escuela del pueblo, José Neruda, era algo músico, y habiéndole agradado el baile escribió la melodía, que al poco tiempo era tocada y bailada públicamente por primera vez. En 1835 se puso el baile de moda en Praga, siendo bautizado con el nombre de "polyo", del bohemio "pulka", que significa "medio" y alude al medio paso característico de esta danza. Cuatro años más tarde la polka llegaba a Viena, luego a París, en 1844, y de aquí se extendió por el mundo entero.

En contra de esta explicación hay la que da Charbonnel en su obra "La Danse".

"Una noche—dice este autor—, la célebre bailarina María Taglioni cenaba en casa del general Waldomen; durante la cena, una música militar ejecutó una melodía viva y graciosa. A petición de la gran artista, el dueño de la casa explicó que se trataba de un aire de baile de los campesinos húngaros. De repente, las puertas del salón se abren y se ve a 50 granaderos que ejecutan su baile nacional. El ritmo de la música, la viveza del paso, la originalidad del espectáculo, todo esto encantó a la estrella que hizo dar a la polka la vuelta a Europa y a todo el mundo.

Ramón GÓMEZ SAINUCO.
(Stayer de 3.ª categoría)

Las azucenas en el Japón

En el Japón se crían unas veintiocho variedades de azucenas que se suponen originarias de China, pero lo curioso es que los japoneses no las aprecian gran cosa; prefieren el lirio y otras flores, y si cultivan la azucena es casi exclusivamente con fines comerciales.

Los yanquis importan anualmente muchos millones de bulbos. Las islas Bermudas envían anualmente cerca de un millón, pero el Japón envía mucho más. La exportación japonesa data de unos treinta y cinco años, en cuya época enviaron los primeros "auratmus" a Inglaterra. Hoy es tan importante la demanda europea y americana que las exportaciones han llegado a quince millones de bulbos al año.

La más importante de todas las variedades que exporta el Japón es la "Lilium giganteum" que se cría principalmente en las alturas de la región llamada Saitama, al noroeste de Tokío. En los mismos campos se cultiva ahora el "Lilium longiflorum" y "multiflorum" (tallo verde) pero no son tan estimadas.

El suelo del Japón, de origen volcánico y muy rico, es especial para el cultivo de los bulbos de azucena. Estos bulbos se obtienen de los búlbulos que se producen alrededor del tallo subterráneo de las plantas. Dichos búlbulos se plantan en noviembre y diciembre, se transplantan en el mes de septiembre siguiente y tardan dos o tres años en alcanzar tamaño apropiado para la exportación.

Los campos de bulbos son pequeños, apenas exceden de ochenta áreas de extensión, porque se ha observado que no es conveniente criar bulbos en el mismo terreno durante más de cinco años. Donde mejor se dan es en los terrenos donde se han cultivado batatas.

Los bulbos los limpian y los escogen jardineros de ambos sexos, y luego los embalan cuidadosamente en barro seco y paja de arroz separados por tamaños y variedades. Con los pétalos que se caen en las salas de embalaje se hace una harina con la cual se preparan bollos y otras golosinas, de suerte que no se desperdicia nada.

Con un poco de imaginación puede el lector formarse una idea de lo que son aquellos inmensos jardines japoneses donde trabajan millares de obreros y obreras bajo un cielo de azul intenso y aspirando el aroma de millones de esas plantas cuyo albo color siempre han cantado los poetas.

Dícese que Venus transformó en azucena a cierta doncella que quiso disputarle el premio de la hermosura, mientras que según otra leyenda, la azucena nació de una gota de leche que brotó del pecho de Juno al rechazar de sí al recién nacido Hércules, que Júpiter quería hacerle amamantar.

La azucena está rodeada de leyendas. Hay un Lilium, el martagón, cuyas flores imitan el turbante de los turcos, que tiene fama de haber nacido de la sangre del joven Jacinto, a quien Apolo había matado involuntariamente de un golpe de disco. Emblema del dolor que experimentara el dios es la flor "hyacinthus", que no equivale a la especie del mismo nombre de los botánicos modernos, pues se parece más al martagón que Douc llama "Hyacinthus poetarum".

También tiene su lado práctico el cultivo de la azucena, aparte del meramente decorativo y aromático, cuya importancia prueban las grandes explotaciones japonesas. El "Lilium tigrinum" de Linneo, o flor del lazo atigrada, que se cría en el Japón y en China tiene bulbos comestibles que los orientales aprecian mucho.

PRUEBA A LA VISTA



La vida en el campo no siempre aumenta el apetito.

¿AMOR?



—¿En qué piensas, Arturito?
—En ti, siempre en ti.

EL CANTO

¿Quién no ha observado que los pájaros que enjaulados viven en las casas particulares si llegan visitas y la conversación se anima, toman a su modo parte en ésta, parlando o cantando? Es su instinto universal, aun en libertad. Los pájaros son el eco de Dios y del hombre; se asocian a los ruidos y a las voces, a las que añaden su poesía, sus ritmos sencillos y silvestres por analogía, por contraste, aumentan y completan los grandes efectos de la naturaleza. Al sordo rumor de las olas, el pájaro marino opone sus notas agudas y estridentes; al monótono susurro de los árboles, la tórtola y otros pájaros cien añaden una suave y triste asonancia, y al despertar de los campos, a la alegría de los valles, la alondra responde con su canto y sube al cielo el júbilo de la tierra.

De esta suerte y en todas partes, en medio del inmenso concierto instrumental de la naturaleza, de los suspiros profundos, de los vagos sonidos que parten del órgano divino, rompe y sobresale una música vocal, la del pájaro, casi siempre compuesta de notas vibrantes que resaltan sobre ese fondo imponente.

Voces aladas, voces de fuego, voces de ángeles, emanaciones de una vida intensa, superior a la nuestra, de una vida errante y movible, que inspira al trabajador sujetado al surco pensamientos más serenos y el anhelo por la libertad.

Así como la vida vegetal se renueva en la primavera con la vuelta de las hojas, igual sucede con la vida animal, rejuvenecida con el regreso de los pájaros, de sus amores y sus cantos. Nada semejante en el hemisferio austral, joven mundo en estado inferior que, todavía en elaboración, aspira a encontrar una voz. El canto, esta suprema flor del alma y de la vida, no le ha sido aun concedido.

El grande y magnífico fenómeno de esta faz superior del mundo, consiste en que en el momento en que la naturaleza empieza por las hojas y las flores su silencioso concierto, su canción de marzo y de abril, su sinfonía de mayo, todos vibramos a este acorde; hombres y pájaros tomamos el ritmo. En este momento los más pequeños son poetas y a menudo cantores sublimes cuando con sus trinos quieren conquistar el amor de sus compañeros, o cuando cantan para quien los escucha, en cuyo caso más de uno hace inusitados esfuerzos de emulación. El hombre también responde al pájaro; y es que el canto del uno llama el del otro. Esta armonía es desconocida en los climas tórridos, donde si bien los resplandecientes colores reemplazan a la armonía, no crean un lazo como ésta, ni hacen que no sea solitario su pájaro el que vaya envuelto en un manto de pedrería.

Muy diferente de este ser deslumbrador, el pájaro de nuestras tierras, humildemente vestido, pero rico de corazón, vive cerca del pobre. Pocos, poquísimos, buscan los jardines hermosos, las alamedas aristocráticas, la sombra de los grandes parques. Todos viven con el campesino. Dios los ha desparramado por doquiera. Bosques y zarzales, claros y campos, viñas y húmedos prados, cañaverales de los estanques, montes, y hasta las nevadas cumbres de las montañas, a todos los ha dotado de su tribu, no ha desheredado a ningún país, a ningún sitio, de esta armonía, para que el hombre no pudiese ir a parte alguna, por alto que subiese y por profundo que bajase, sin que oyese un canto de alegría y de consuelo.

Apenas clarea, apenas en el establo suena el esquilón del rebaño, cuando la motolita está ya dispuesta a conducirlo y salta a su alrededor, mezclándose con las bestias y asociándose familiarmente con el pastor. Y es que sabe que el hombre la quiere y la quiere el rebaño, al cual defiende contra los insectos; y por eso se posa atrevidamente sobre la cabeza de las vacas y en el lomo de los carneros, a los que no sólo no abandona durante el día, sino que los acompaña fielmente cuando por la tarde regresan al establo.

La nevatilla, no menos exacta, ya en su puesto, revolotea alrededor de las lavanderas, y mete sus largas patas hasta en el agua, pidiendo algunas migajas. Este pájaro, por un singular instinto mímico, baja y levanta la cola, como para imitar el movimiento de la pala, cual si también quisiese trabajar y ganarse el sustento.

Pero el pájaro de los campos por excelencia, el pájaro labrador, es la alondra, la compañera asidua del campesino, el cual la encuentra en todas partes como para animarle, sostenerle y cantarle la esperanza. "Esperanza", era la antigua divisa de nuestros galos, quienes por esta causa habían mirado como pájaro nacional, esa humilde avecilla tan pobremente vestida, pero tan rica de corazón y de canto.

La naturaleza parece haber tratado con severidad a la alondra. La disposición de sus uñas no la permiten posarse en los árboles, por lo que anida en el suelo, cerca de la pobre liebre y sin otro abrigo que el surco. ¡Qué vida más precaria y arriesgada la suya durante la época de su incubación! ¡Cuántos cuidados!, ¡cuánta inquietudes! Apenas si un oterillo de césped oculta el dulce tesoro de esta madre al perro, al milano o al halcón. La pobre alondra incuba apresuradamente y apresuradamente educa a la temblorosa nidada. ¿Cómo no ha de participar esta desventurada de la melancolía de su triste vecina la liebre?

Este animal es triste y el temor lo roe—dijo La Fontaine.

Sin embargo, por un inesperado milagro de alegría y de olvido, de ligereza si se quiere, y de indolencia francesa, no sucede así: el pájaro nacional, apenas libre del peligro, recobra su serenidad, su canto, su imperturbable júbilo; y no para aquí la maravilla, sino que los peligros que corre, la vida precaria que lleva y las crueles pruebas a que está sujeta no encallecen su corazón; permanece tan buena como alegre, sociable y confiada, ofreciendo un modelo, bastante raro entre los pájaros, de amor fraternal; la alondra, como la golondrina, en caso necesario muere por sus hermanas.

Dos cosas la sostienen y la animan: la luz y el amor. Ama durante la mitad del año. Por dos y tres veces se impone la peligrosa dicha de la maternidad, el trabajo incesante de una educación erizada de riesgos. Pero cuando le falta el amor quédale la luz para reanimarla. El más leve rayo del sol basta para devolverle su canto.

La alondra es la hija del día. Tan pronto éste empieza, en cuanto el horizonte se arrebola y el astro de vida va a aparecer, parte del surco como una flecha y sube al cielo el himno de alegría. ¡Poesía santa, hermosa como la aurora, pura y alegre como el corazón de un niño! La voz sonora de este pájaro da la señal a los segadores. "Es menester que partamos, dice el padre, ¿no oís la alondra?" Esta les sigue y les anima, y en las horas en que el sol caldea la tierra con sus rayos, les invita al sueño y desvía los insectos. Entonces derrama torrentes de armonía sobre la inclinada cabeza de la dormitada doncella.

"No hay garganta, dice Toussenel, capaz de contender con la de la alondra en riqueza y variedad de notas, en la amplitud y melodía del timbre, en la suspensión y alcance del sonido, en la flexibilidad e infatigabilidad de la voz. La alondra canta una hora seguida sin parar medio segundo, elevándose verticalmente por los aires hasta alturas prodigiosas y dando bordadas en la región de las nubes para subir más arriba, sin que se pierda una sola de sus notas durante este trayecto inmenso.

"¿Qué ruiseñor podría competir con ella?"

Este canto de luz, que resuena en casi todas las regiones que alumbra el sol, es un beneficio que Dios ha concedido al mundo. Cada comarca tiene su alondra: las hay de los bosques, de los prados, de los zarzales, de los pantanos, de la Crau de Provenza, de las crestas de la Champaña y de las regiones boreales de uno y otro hemisferio; encuentrasela también en las estepas saladas y en las llanuras abrasadas por el bóreas de la horrible Tartaria.

¡Oh perseverante reclamación de la amable naturaleza! ¡Oh tiernos consuelos de la maternidad de Dios!

Pero llega el otoño, y mientras la alondra hace

EL GRAN NEGOCIO EUROPEO



—Usted posee el campo más devastado de la región... ¿Quiere vendérmelo?
—¿Qué va a hacer con él?
—Voy a instalar una boletería.

Cercado ajeno

¡Cuánta desidia, soledad y calma!
¡Cuánto sol reventando en la pradera!
¡Qué refinado paganismo en mi alma
y qué tesoro de silencio afuera!

Oigo el lejano y ululante coro
con que importuna la tenaz abeja.
El sol desgrana su carcax de oro
sobre el tejado de mi casa vieja.

Y medio oculto en la mural ventana,
que da al corral de la vecina casa,
miro una bella sumergirse ufana
entre la espuma del raudal que pasa.

¡Miro la Ondina! La contemplo mudo
y siento gana de morder su seno,
porque su seno de pudor desnudo
es una fruta de cercado ajeno.

Y es mucho más apetecible y bueno,
dice el adagio que rimando copio,
cualquiera fruta de cercado ajeno,
que un fruto bueno de cercado propio.

Flores y sol

Yo no quiero ni glorias ni riqueza;
pues me siento feliz por la mañana,
con un ramo de flores en mi mesa
y una gota de sol en mi ventana.

Mi pobreza se alumbra y se engalana,
y me parece bella mi pobreza,
cuando hay gota de sol en mi ventana
y hay un ramo de flores en mi mesa.

Mas quisiera morirme en la rudeza
de las horas sin sol y sin belleza,
si no fuera por ti... la soberana,

que en mis horas de angustia y de tristeza
eres ramo de flores en mi mesa
y eres gota de sol en mi ventana!

Tulio GONZALO SALAS.

detrás del arado su cosecha de insectos, nos llegan los huéspedes de las regiones boreales: el tordo, que acude puntual a la vendimia, y el imperceptible rasgón del Norte, ostentando con orgullo su corona. De Noruega, en tiempo de las nieblas nos llegan el reyezuelo y el mago, que canta su misteriosa canción a la sombra de gigantesco pino hasta que los fríos le deciden a refugiarse, a mezclarse y popularizarse entre los pequeños trogloditas que viven con nosotros y son con sus límpidas notas el embeleso de nuestras cabañas.

A medida que recrudece el tiempo, todos los pájaros se acercan al hombre. La silvia de invierno abandona también los zarzales, y por la tarde se arriesga temerosa a dejar oir en las puertas su voz temblona, monótona y plañidera.

"Cuando a las primeras nieblas de octubre, un poco antes del invierno, el pobre proletario se va al bosque por su ruin provisión de leña, acércase a él un pajarillo atraído por el ruido del hacha y empieza a dar saltitos a su alrededor, esforzándose en festejarle cantándole en voz baja sus más suaves canciones. Es el petirrojo, al cual una hada caritativa ha enviado al lado del trabajador solitario para que le diga que todavía hay quien se interesa por él en la naturaleza.

"Cuando el leñador ha amontonado los tizones de la víspera y las virutas y las ramas secas chisporrotean en la llama, el petirrojo corre cantando para disfrutar de la parte de calor que le corresponde y participar de las alegrías de aquél.

"Cuando la naturaleza se adormece y se envuelve en su manto de nieve; cuando no se oye más voz que la del pájaro del Norte, que dibuja en los aires sus triángulos, o la del ábrego, que muge y se engolfa en la techumbre de bálago de las cabañas, se escucha una canción aflautada, modulada en voz baja, que en nombre del trabajo creador protesta contra la atonía universal, contra la tristeza y la cesación de la actividad."

Por favor abrid la puerta al cantorcito y dadle unas migajas o un poco de grano. Si ve rostros amigos, penetrará en la morada, y como no es insensible al fuego, en medio del invierno y fortalecido por este corto verano va a penetrar con más bríos en él.

Toussenel se indigna con razón de que ningún poeta haya cantado al petirrojo. Pero el pájaro mismo es su poeta. Si la cancioncita que entona pudiese escribirse, traduciría perfectamente la humilde poesía de su vida. El que tengo en mi casa y vuela por mi estudio, a falta de oyentes de su especie se coloca ante el espejo, y sin desconcertarse comunica a media voz todos sus pensamientos al petirrojo ideal que aparece al otro lado. Hé aquí el sentido poco más o menos de la confidencia de este petirrojo, tal cual ha intentado trasladarlo al papel la mano de una mujer:

"Soy el compañero del mísero leñador. Sígole en otoño cuando soplan los primeros vientos invernales, y acaricio sus oídos con el último canto de los bosques. El está triste, y yo canto en mi duelo mezclado de esperanzas, pues al través de las nieblas veo todavía el azul del firmamento. Reanímete mi canto ¡oh leñador! y sea para ti la voz de la esperanza y te arrulle en tus desvaríos y te dé fuerzas para llegar a la noche. Pero cuando la helada lo envuelve todo en su sudario y llamo a tu ventana porque ya no hay hoja bajo la cual cobijarme, compadécete del pobre pájaro, de tu amigo del otoño que vuelve a ti. El cielo, todo me abandona... ¡Oh, leñador! ¡ábreme! ¡permite que en este tiempo de escasez el pequeño viajero coma una migajita y pueda dormir a tu amparo! Soy el compañero del mísero leñador."

J. MICHELET.

Leña

Los montañeses de Georgia (Estados Unidos) pescan las truchas a mazazos. Su sistema consiste en dar fuertes golpes con un mazo grande en las rocas donde se esconden las truchas. Por efecto de la conmoción, se quedan atontadas y se pueden agarrar fácilmente.

LENCINAS.

Por qué son tan hermosas la circasianas

No hay región en el mundo que haya alcanzado tanta fama por la hermosura de sus mujeres como la parte occidental del Cáucaso, donde viven los circasianos.

Una belleza circasiana es la joya más preciada en todo harén de Turquía, de Marruecos o de Egipto, y más de un oficial ruso ha enfermado de mal de amores estando de guarnición en las provincias caucásicas.

El secreto de la hermosura de estas mujeres consiste sencillamente en los cuidados de que, desde niñas, las hacen objeto. Aun en las familias más pobres de la montaña la delicada epidermis de las hijas es frotada diariamente, de pies a cabeza, con ungüentos perfumados, que la ponen tan blanca y suave como el raso de un traje de novia; las manos y los pies se cuidan con un esmero que asombraría al más diestro manicuro de Londres o de París; tres veces al día, por lo menos, se da aceite al pelo y se peina con toda escrupulosidad, y hasta en los ojos se inyecta belladona para darles ese lustre húmedo y lleno de seducción de que hablan los poetas orientales.

Además, la joven circasiana aprende a bailar las lánguidas danzas orientales, que dan esbeltez a su forma, y a cantar las quejumbrosas canciones de la montaña, que dulcifican su voz.

A primera vista parece un absurdo que míseros montañeses a quienes la labranza apenas da lo bastante para pagar las contribuciones exorbitantes impuestas por los rusos eduquen a sus hijas en esta forma; mas todo se explica si se sabe que entre las circasianas la carrera de la mujer es ser esclava. El harén de un bajo o de un gran visir representa para ellos lo que el teatro para muchas jóvenes de nuestra clase baja, es decir, el único medio de salir de la miseria. El mayor timbre de gloria para una muchacha circasiana es ser vendida muy cara. Y la verdad es que aun el viajero más antiesclavista, cuando contempla las pobres chozas de los circasianos, cuando ve a sus mujeres uncidas al arado al lado de un buey flaco, trabajando como bastias, comprende que allí los padres vendan a sus hijas y que éstas quieran ser vendidas.

El primer médico español famoso

El primer facultativo hispano que alcanzó los honores de la fama, es, sin duda, Antonio Musa, tarraconense, porque asistió y curó a César Augusto de una grave enfermedad del hígado que contrajo en sus excursiones guerreras por la península. El César, agradecido a favor tan señalado, no sólo le recompensó particularmente, sino que concedió a los médicos el uso de llevar bastón y anillo como signo de nobleza, tal cual lo usaban los caballeros romanos. Esto era una honra desconocida hasta entonces por los médicos españoles, y hasta por los mismos compañeros de Roma.

Otros médicos hubo notables en la época romana, pero su celebridad no puede compararse con la de Antonio Musa. Tales fueron Cayo Allio Januario (de Pax, Béjar Salamanca), Tiberio Claudio Apolinar, de Tarragona, M. L. Tilomuso, de Pollentia (Pollensa, Mallorca) y otros.

La experiencia popular o lo que sea, ha dicho en un proverbio:

"Quien nísperos come y bebe cerveza y espárragos chupa y besa a una vieja, ni come, ni bebe, ni chupa ni besa."

EN LA BARBERIA



—¡Cuánto siento, señor!: le he cortado.
El cliente (con alegría).—¡Ah, sí! Entonces hay en su navaja alguna parte que corta.

PARA LA GENTE DE CAMPO

MODO DE VER



El chico del vecino le visita el jardín.

DEFENSA DEL GANADO CONTRA LAS MOSCAS Y OTROS INSECTOS

En la época calurosa especialmente, los toros y padrillos que están a galpón suelen ser perseguidos por las moscas comunes, moscas bravas, tábanos, etc., que los molestan mucho y llegan hasta producirles infinidad de ronchas.

Para subsanar este inconveniente, en primer lugar hay que tratar de alejar las moscas, manteniendo el local en una obscuridad relativa por medio de cortinas de paja, postigos, etcétera, y mejores aún, pues no impiden la renovación del aire, son los tejidos de alambre fino para la protección de puertas y ventanas. Hace falta además mucha limpieza.

Es posible también alejar las moscas colocando dentro del local, aquí y allí, substancias olorosas que las molesten y las hagan huir, o bien, impregnando el cuerpo de los animales —totalmente o sólo en las partes donde no pueden lamerse—con líquidos preparados con alguna de las substancias de mal gusto y olor que indicamos en seguida:

Fórmula núm. 1:
Asafétida. . . . . 60 gramos
Vinagre. . . . . 150 „
Agua. . . . . 200 „
En fricciones.

Fórmula núm. 2:
Aloe. . . . . 50 gramos
Agua. . . . . 1 litro

Fórmula núm. 3:
Decocción de hojas de tabaco, 50 o 100 gramos en un litro de agua.

Fórmula núm. 4:
Quasia amara. . . . . . . 20 gramos
Agua. . . . . 1 litro

Fórmula núm. 5:
Decocción de hojas de nogal.

Fórmula núm. 6:
Maceración de hojas de nogal en vinagre.

LA PEQUEÑA HUERTA

La huertita podrá medir 50 metros de ancho por 200 de largo, se trata de una huertita puramente para el consumo de verduras y legumbres de la familia del chacarero.

Se cultivarán las verduras y legumbres más conocidas; así, por ejemplo (cebollas y ajos); (maíz dulce); (zapallos, sandías y melones); (patatas y camotes); (lechugas, espinacas, etc.)

Colocamos las clases de cultivos entre paréntesis, para determinar un orden a seguir en el cultivo, o sea, una rotación racional.

Para más claridad léanse los siguientes párrafos que explican más claramente cómo debemos hacer las siembras sobre un mismo terreno.

Primera siembra: cebollas, ajos; maíz dulce, zapallos, sandías, melones, lechugas, espinacas, acelgas, etc.; patatas y camotes.

Segunda siembra: maíz dulce, sandías, melones, lechugas, espinacas, acelgas, etc., patatas y camotes, cebollas, ajos.

Tercera siembra: Zapallos, sandías, melones, lechugas, espinacas, acelgas, etcétera, patatas y camotes, cebollas, ajos, maíz dulce.

De modo que a la cuarta siembra volveremos a sembrar una verdura u hortaliza en el mismo sitio que la sembramos hace ya mucho tiempo, de donde se deduce que hemos tratado de aprovechar el terreno de la mejor manera posible y con ventaja inmediata para cada uno de los cultivos que indicamos.

No repetir, pues, una hortaliza en el mismo terreno donde la acabamos de cosechar, sino repetirla después de haber transcurrido un tiempo no corto.

ABONO DEL NARANJO

Fijándose en la enorme cantidad de fruta que anualmente produce el naranjo, se deduce fácilmente las importantes masas de elementos fosfórico, cal, etc., que este árbol extrae de la tierra.

De estos fertilizantes ha quedado demostrado la influencia que el ácido fosfórico ejerce adelantando en cierto grado la madurez de la naranja, así como la falta de dicho elemento, en la proporción debida, contraría al desarrollo normal de esta fruta.

La potasa, por su parte, actúa en la forma y endurecimiento de la madera, como asimismo en la calidad, color y sabor de la fruta.

La alimentación azoada se traduce en el color verde obscuro de las hojas.

La cal contribuye a dotar a la naranja de una corteza delgada y lisa y darle un aroma delicado. Anticipa también la madurez; frecuentemente, se hallan suelos pobres de ácido fosfórico y de cal. Sobran, pues, motivos para que se imponga la aplicación de abonos en el cultivo del naranjo. Pueden suministrarse en las proporciones adecuadas, teniendo en cuenta las siguientes circunstancias:

Arboles de gran desarrollo.—Superfosfato de cal, 485 kilogramos; sulfato de potasa, 125; nitrato de sosa, 212. Se suministra la precedente mezcla a razón de 3 ½ kilogramos por árbol, viniendo a corresponder, poco más o menos; superfosfato de cal, 1.272 gramos; sulfato de potasa, 825; nitrato de sosa, 811.

Arboles jóvenes. — Superfosfato de cal, 500 kilogramos; sulfato de potasa, 125; nitrato de sosa, 175. Por árbol se suministra de esta mezcla 2 kilos, correspondiendo así por árbol, 1.065 gramos de superfosfato, 423 de sulfato de potasa y 510 de nitrato de sosa.

Mezcla de los tres abonos.—Se deben mezclar cuidadosamente, sirviéndose para el caso de un cajón de madera o un piso de madera. Luego de obtenida la mezcla están en disposición de aplicarse. Lo que puede hacerse después de cada cosecha.

Si los árboles son jóvenes, el abono se enterrará a unos 50 o 70 centímetros alrededor del tronco, aumentándose dicha distancia, relacionándola al desarrollo del árbol. Determinada la distancia conveniente se abre un surco alrededor del tronco, se esparce allí la mezcla y luego se tapa. La profundidad del surco puede ser de unos 15 centímetros para los árboles jóvenes, aumentando esta profundidad tanto más cuanto mayor sea la profundidad de las raíces, lo que depende de la edad del árbol y de lo compacto del suelo.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: PASEO COLÓN, 1266 - Buenos Aires

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el exterior	En el Interior
Trimestre . . $ 2.50	Trimestre $ oro 2.00	Trimestre. . $ 3.00
Semestre . . „ 5.00		Semestre. . „ 6.00
Año. . . . . „ 9.00	Semestre. „ „ 4.00	Año. . . . „ 11.00
N.° suelto . 20 cts.		N.° suelto . 25 cts.
N.° atrasado. 40 „	Año. . . „ „ 8.00	N.° atrasado. 50 „

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

Dirección, Redacción y Administración: PASEO COLON, 1266
U. T. 184, Avenida

A los coleccionistas de "FRAY MOCHO"

Habiendo sufrido un alza el valor de los materiales empleados en las tapas para la encuadernación de los ejemplares de nuestra revista, anotamos a continuación los precios que regirán en lo sucesivo:

		En cuero	En tela
Encuadernación en formato grande.	cada tomo	$ 12.—	3.70
„ „ „ chico.	„ „	„ 8.—	3.—
Tapas sueltas „ „ grande.	„ „	„ 9.—	2.—
„ „ „ „ chico.	„ „	„ 6.—	1.50

LA ADMINISTRACION.